español

quinto grado. Lecturas

© Derechos Reservados SEP, 1972.

Toda modificación, adición o reforma de esta obra deberá llevarse a cabo con el permiso previo y expreso de la Secretaría de Educación Pública.

ESPAÑOL

Quinto grado

LECTURAS

Coordinación: **Gloria Ruiz de Bravo Ahuja y Carlos H. Magis**

Colaboradores: Gonzalo Celorio, *Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca y El Colegio de México;* Alicia Fernández de Jiménez, *Secretaría de Educación Pública;* Rebeca Barriga de Peón, *Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca y El Colegio de México;* Armida de la Vara de González, *Universidad Nacional Autónoma de México.*

Asesor: Graciela González Tapia, *Secretaría de Educación Pública y Escuela Manuel Bartolomé Cossío.*

Revisión: Raúl Ávila S., Zoila Balmes Zúñiga, María Paz Berruecos, Gloria Ruiz de Bravo Ahuja, Margit Frenk Alatorre, Beatriz Garza Cuarón, Elisa González Mendoza, María del Carmen Garza de Koniecki, Carlos H. Magis, Oralia Rodríguez, Elizabeth Velásquez B.

Diseño e ilustración: *Dirección artística:* Adolfo Falcón G.
Subdirección: Luis Carlos Emerich
Coordinación: Fernando López Castro, Josefina Aguirre T.

Ilustradores: Alicia Albo V., Federico Calderón G., Ulises Carbó D., Héctor Daniel Castillo R., María de Lourdes Castro G., Francisco Castro L., Gonzalo Cienfuegos B., Melecio Galván S., Elvia Gómez H., Bernardo González P., Bruno González P., Patricia Hordóñez, P., Rafael de León H., Saúl Martínez R., Luis R. Miranda, Kiyoto Oota O., Guillermina Pérez M., Pío Pulido F., José Arturo Ramírez J., Heraclio Ramírez N., Octavio Romero G., Laura Sáinz D., Marcia Esthela Salcedo V., Herlinda Sánchez-Laurel, Gustavo Sánchez T., Carlos Torres B., Susana Trejo.

Montaje: Carlos Contreras Sánchez, Félix García Chartt, José Luis Villanueva Díaz, Roberto Contreras Flores, Alfonso Martínez Vázquez, Eduardo Contreras Sánchez, Jaime Becerra Tinajero, Arturo Ruiz Urbano, J. Jesús Pérez Martínez.

Cubierta: *Diseño:* Juan Ramón Arana; *fotografía:* Aníbal Angulo.

Español
Quinto grado
Lecturas

Secretaría de Educación Pública
México, D. F.

ÍNDICE

Introducción 9

Un sueño de palabras Tecayehuatzin de Huejotzingo (traducción de Angel M. Garibay K.) versión de Carlos H. Magis) 11

El Principito y el zorro Antoine de Saint-Exupéry 12

El campesino y los pasteles Juan de Timoneda 13

¿Qué será, qué será? (Adivinanzas) 15

El Quelite Canción popular mexicana 17

Hércules y el león Mito griego 18

Poema de Quetzalcóatl Bernardino de Sahagún (fragmento) 20

La cabra Óscar Castro 21

La feria de Zapotlán Juan José Arreola 22

Estío Juana de Ibarbourou 23

El rey y el mercader Cuento árabe 24

La felicidad Juan Ramón Jiménez 27

El ciruelo y el río Cuento japonés (versión de Carlos H. Magis) 28

Tiene la Tarara Canción popular 31

La colibrí Leyenda yucateca (versión de Ermilo Abreu Gómez) 32

El Sol Bernardino de Sahagún 33

Pregón Rafael Alberti 34

Prometeo Mito griego 35

Canción de mayo Lope de Vega 37

Susto J. R. Jiménez 38

El cuento de nunca acabar Cuento popular (adaptación de Armida de la Vara) 39

La Luna en casa Horacio Rega Molina 43

Mi papalote Agustín Yáñez 44

La cometa Fernán Silva Valdés 45
El mito del diluvio Leyenda tolteca (recopilación y adaptación de Estefanía Castañeda) 46
Bailecito de bodas Rafael Alberti 48
Jirafa Juan León Mariscal 49
Ciempiés Juan León Mariscal 49
El ser más poderoso del mundo Cuento hindú (versión de Carlos H. Magis). 50
¿Quién pinta? María Elena Walsh 53
El torito Canción popular mexicana 54
El País de las Cien Palabras Marta Mata (adaptación de Armida de la Vara) 56
Naranjas Jaime Torres Bodet 59
Historia de los dos que soñaron Cuento árabe 60
Costas de Yucatán Martín Luis Guzmán 62
El alba José Gorostiza 63
Golpecitos con los dedos Ramón Gómez de la Serna (adaptación de Carlos H. Magis) 64
María del Carmen Canción popular mexicana 67
El tren que camina al revés Margit Frenk Alatorre 69
Balada amarilla Federico García Lorca 71
El encuentro de Moctezuma y Cortés Hernán Cortés (fragmento) 72
Recuerdos de Iza Carlos Pellicer (fragmento) 75
Los hijos del Sol Leyenda incaica (versión de Carlos H. Magis) 76
El casamiento del piojo y la pulga Canción popular mexicana 78
Cuento de los hermanos Martínez Jorge Ibargüengoitia 80
Amanecer Nicolás Guillén (fragmento) 84
Encanto de luna y agua Alejandro Casona 84
Cristóbal Colón 85
El destierro del Cid Alejandro Casona (adaptación de Armida de la Vara) ... 90
El jilguero Leopoldo Lugones 93
El Principito y yo Antoine de Saint-Exupéry (adaptación de Carlos H. Magis) .. 94
Oda del albañil tranquilo Pablo Neruda 99

Tríptico — Hidalgo José Martí 101
Bolívar Gabriela Mistral 103
San Martín José Martí 105
Romance de la doncella guerrera 107
La culebra Cuento tradicional mexicano (versión de Angélica Saldaña de Gibbons) 112
El agua que está en la alberca Pedro Salinas 119
El sapo Jules Renard (traducción de José Emilio Pacheco) 120
He llegado Nezahualcóyotl (traducción de Miguel León-Portilla; adapt. de Carlos H. Magis) 121
Solución de las adivinanzas 122

Introducción

Este libro se hizo para ti, para que al leerlo, encuentres alguna cosa bella que te emocione, y te haga sentir como que una chispita empieza a alumbrar dentro de ti, y va convirtiendo la lectura en algo tuyo, como que tú la escribiste, o podrías haberla escrito. Los maestros escogieron cuidadosamente las lecturas; una por una las revisaron, no fuera a deslizarse en ellas algo inadecuado para tu edad o comprensión; los escritores pusieron tu lenguaje en poemas y cuentos; los dibujantes buscaron los colores más hermosos para ilustrarlo. Ya en la imprenta se cuidó que las letras fueran de un tamaño conveniente, para que pudieras leer con facilidad, y luego se encuadernó con limpieza hasta ofrecértelo como un regalo.

Es tiempo de leerlo, de gozarlo. Ábrelo. Entre sus páginas te esperan el Principito, vagando solo en un perdido asteroide; el campesino astuto; el rey y el mercader; la colibrí pobre, deseosa de casarse; Prometeo encadenado; el joven decidido que le cuenta al rey un cuento de nunca acabar, y muchos otros personajes de fábulas y poemas.

Ojalá llegues a hacerte uno con tu libro, porque si lo consideras cosa propia sabemos que lo cuidarás, que lo guardarás para leerlo de nuevo cuando seas más grande; y quizá cuando, ya mayor, llegues a escuchar por ahí a unos niños que, jugando, cantan alguna de las rondas de este libro, el recuerdo te llevará hacia atrás en el tiempo; volverás a ser niño y, de repente, la cara de algún compañero que no habías vuelto a recordar se te aparecerá nítida, clara, cantando a todo pulmón:

¡Qué bonito es El Quelite,
bien haya quien lo formó!

Armida de la Vara

Un dulce sueño de palabras
quiero que conozcan, amigos míos
El dorado grano de las mazorcas
trae la vida en primavera
los granos rubios
de la mazorca tierna
nos dan su fuerza
Un hermoso collar de jade
nos pone al cuello
la primavera,
pero un tesoro aun más rico
nos da la vida,
si la fidelidad anima
el corazón de los amigos

Tecayehuatzin

(traducción de Ángel M. Garibay;
versión de Carlos H. Magis)

El Principito y el zorro

—¡Buenos días! —dijo el zorro

—¡Buenos días! contesto muy atento el Principito

Se dio la vuelta pero no vio nada

-Estoy aca —dijo la voz , bajo el manzano

—¿Quien eres? ¡Eres muy lindo! —dijo el Principito

Soy un zorro dijo el zorro — ¿Y tu eres un hombre? Los hombres tienen fusiles y cazan Es muy molesto También crian gallinas.

A mi me gustan las gallinas ¿Y tu buscas gallinas?

-No —dijo el Principito—, yo busco amigos

Antoine de Saint Exupéry
(fragmento)

El campesino y los pasteles

Una vez fue un campesino a la ciudad. Y se encontró con un grave problema. Solamente tenía veinte pes[illegible] e estaba do[illegible] [illegible] una muela. El campesino pensaba [illegible] saca [illegible] la y [illegible] comer, [illegible] com[illegible] guirá doliendo la muela."

[illegible] el bu[illegible] es[illegible] [illegible] se quedó [illegible]

mirando embobado los pasteles, hasta que pasaron por allí dos muchachos y le dijeron para burlarse

¿Cuántos pasteles te atreverías a comer en una comida?

—¡Hombre, me comería quinientos!

—¡Quinientos! ¡Dios nos libre!

—Pues de qué poco se asustan ustedes —y de esta forma comenzaron a discutir, ellos diciendo que no y él insistiendo que sí.

—¿Qué apuestas? —dijeron los muchachos.

—Pues... si no me los como, me dejo sacar esta muela —y el campesino señaló la que le dolía

Los muchachos aceptaron alegres la apuesta.

El hombre comenzó a comer y, cuando ya no tenía más hambre, dijo:

—He perdido, señores.

Entonces llamaron a un dentista y le sacaron la muela.

Los muchachos se reían diciendo:

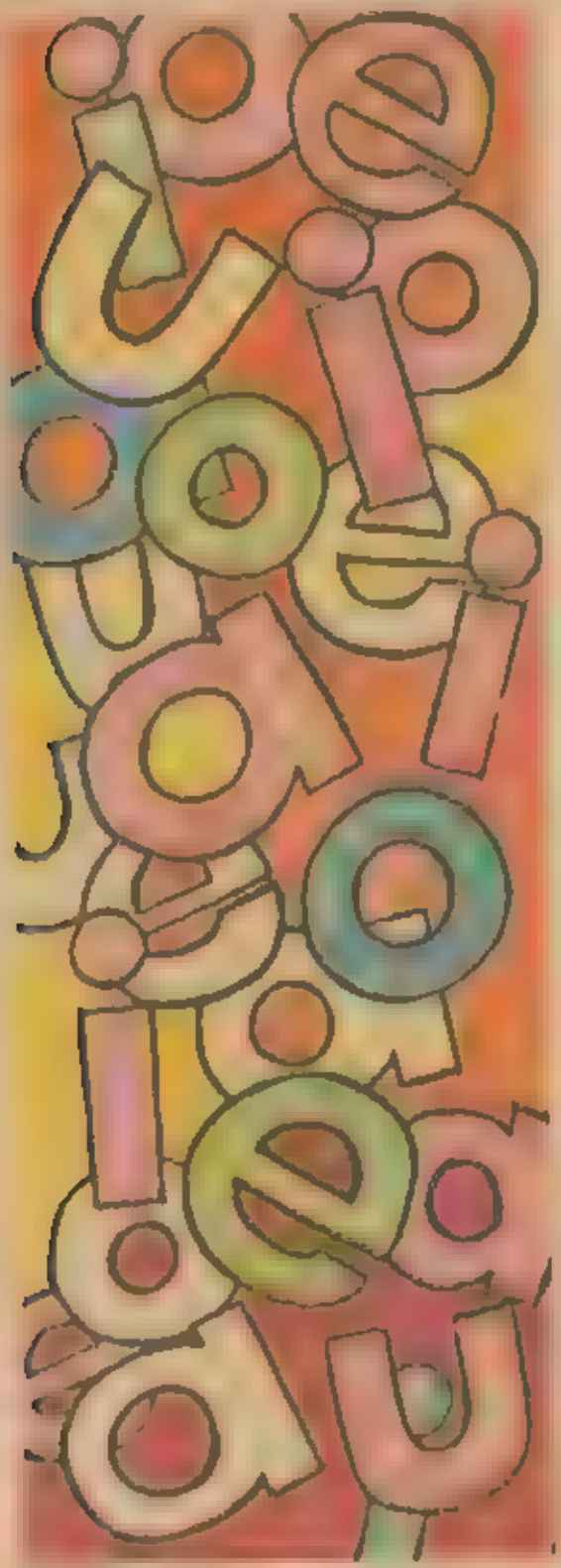
—Miren a ese tonto, que por hartarse de pasteles deja que le saquen una muela.

Entonces les respondió el campesino

Más tontos son ustedes, porque gracias a esta apuesta he matado el hambre y, además, me han sacado una muela que me había dolido toda la semana.

Juan de Timoneda

¿Qué será, qué será?

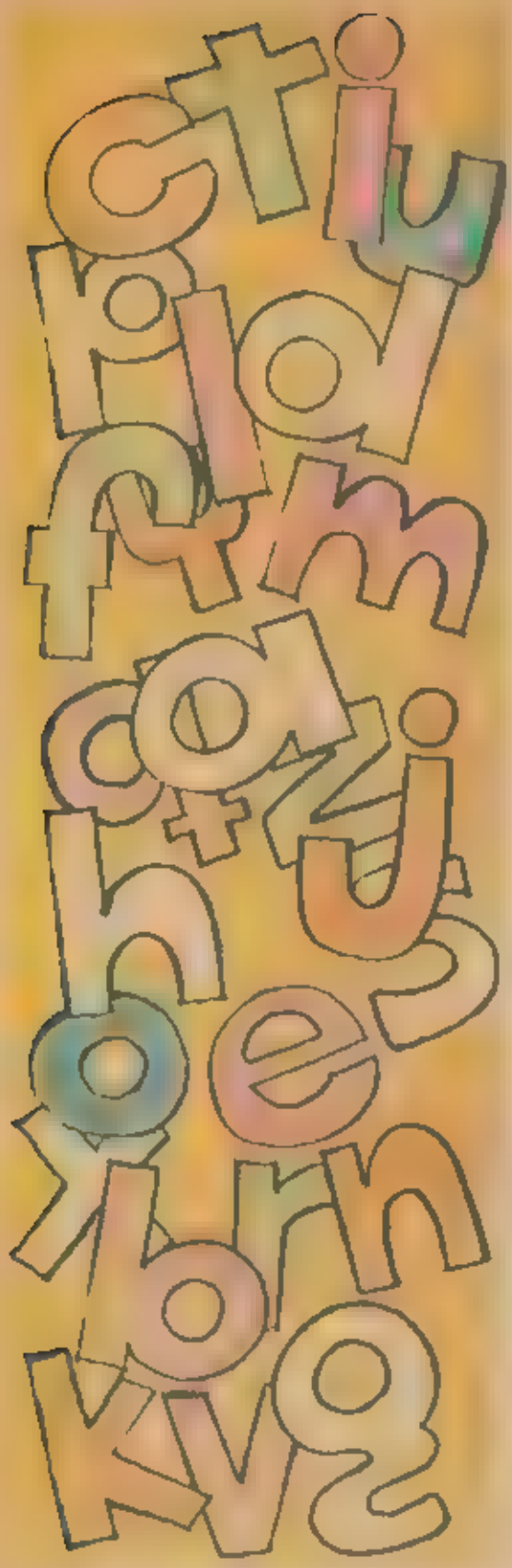


Las **adivinanzas** juegan
al "¿qué será?",
sólo el que no se duerma
adivinará.

En medio del cielo estoy
sin ser el sol ni la luna,
y hago brillar las estrellas,
no sólo en la noche oscura.

En medio del mar estoy
y sin mí no hay bonanza;
soy primera en el amor
y final de la esperanza.

El pirul me tiene a mí,
sin ser sus hojas ni ramas,
si no me ve, no se alarma;
porque vivo en su raíz.



En medio del sol estoy,
pero no puedo alumbrar;
soy principio y fin del oro,
pero no puedo brillar.

El burro la lleva a cuestas,
metida está en el baúl,
yo no la tuve jamás,
y siempre la tienes tú.

Más de veinte señoras
en una sala:
sólo las que se juntan
son las que hablan.

El Quelite

¡Qué bonito es El Quelite!,
¡bien haya quien lo formó!,
que en sus orillitas tiene
de quién acordarme yo.

Mañana me voy, mañana,
mañana me voy de aquí;
el orgullo que me queda,
que tú me quisiste a mí.

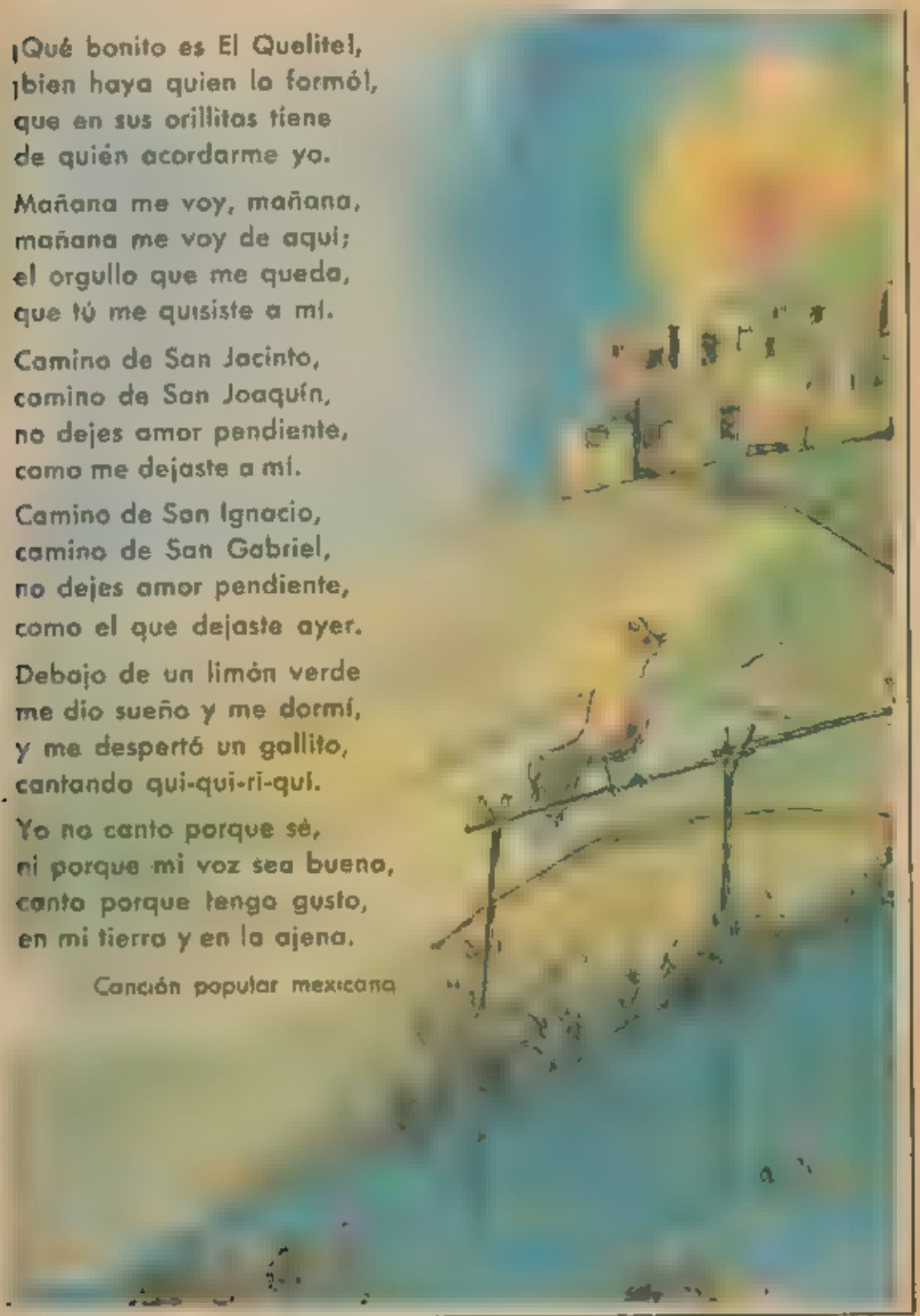
Camino de San Jacinto,
camino de San Joaquín,
no dejes amor pendiente,
como me dejaste a mí.

Camino de San Ignacio,
camino de San Gabriel,
no dejes amor pendiente,
como el que dejaste ayer.

Debajo de un limón verde
me dio sueño y me dormí,
y me despertó un gallito,
cantando qui-qui-ri-quí.

Yo no canto porque sé,
ni porque mi voz sea bueno,
canto porque tengo gusto,
en mi tierra y en la ajena.

Canción popular mexicana



Hércules y el león

Hace mucho tiempo, en una region llamada Nemea, existio un leon muy feroz. Otros animales huian al verle, y todos los habitantes de los alrededores estaban asustados. creían que ese terrible leon habia bajado de la Luna y que era inmortal Lo cierto era que ante el temor de todos, la fiera hacia cada vez más destrozos.

Tambien por aquellos lugares vivia Hercules, un hombre notable por su enorme fuerza, quien, al enterarse de los estragos real zados por el leon, se dirigio al bosque en su busqueda

Despues de mucho caminar logró verlo, y ocultandose para no ser descubierto por la bestia, le disparó una flecha. Grande fue

su sorpresa al ver que rebotaba en la durísima piel del leon, y mas crecio su asombro al descubrir que lo mismo sucedia con las demás flechas que le disparaba.

El leon, ya furioso, se lanzo sobre Hercules, pero este le dio un golpe tan terrible con su famosa maza, que el animal cayo al suelo aturdido, y antes de que pudiera levantarse lo cogió entre sus brazos y comenzo a apretarle el cuello hasta que lo ahorco

Cuando fue a quitarle la piel se dio cuenta de que no podia atravesarla con su espada y tuvo que arrancarla con las mismas garras de la fiera. Al ver que la piel de aquel leon era tan dura se hizo con ella, una vez curtida, una coraza para protegerse en los combates.

Mito griego

Poema de Quetzalcóatl

Quetzalcoatl reinaba en Tula. Todo era dicha y abundancia, los víveres no se vendían por precio entonces.

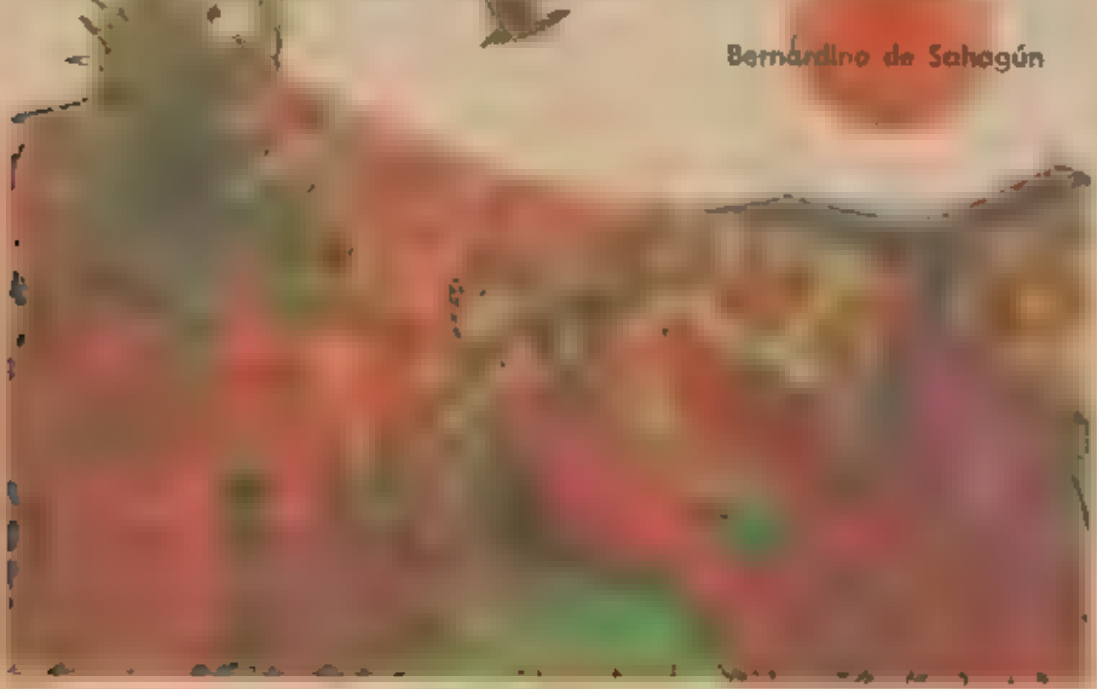
Es fama que eran tan grandes y gruesas las calabazas, que un hombre con los brazos abiertos apenas si podía abarcarlas...

También se producía el algodón de mil colores pintado: rojo, amarillo, rosado, morado, verde, verdeazulado, azul marino, verde claro, amarillo rojizo, moreno y matizado de diferentes colores y de color de león.

Todos estos colores eran naturales, así nacían de la tierra, nadie tenía que pintarlos. También se criaban allí aves de rico plumaje, color de turquesa, de verde reluciente, de amarillo, de pecho color de flama.

Y aves preciosas de todo linaje, las que cantan bellamente, las que en las montañas trinan. También las piedras preciosas y el oro eran vistos como si no tuvieran precio, tanto era lo que todos tenían. También se daba el cacao, el cacao más rico y fino, y por todas partes se alzaban las plantas de cacao. Todos los moradores de Tula eran ricos y felices, nunca sentían pobreza o pena, nada faltaba en sus casas, nunca había hambre entre ellos.

Bernardino de Sahagún



La cabra

La cabra suelta en el huerto
andaba comiendo alfalfa.
Perejil comió después,
y después tallos de malva.
Era blanca como un queso,
como la Luna era blanca.
Cansada de comer hierbas,
se puso a comer manzanas.
Nadie la vio, sino yo.
Mi corazón la miraba.
Ella seguía comiendo
flores y ramas de salvia.
Se puso a balar después,
bajo la clara mañana.
Su balido era en el aire
un agua que no mojaba.
Se fue por el campo fresco,
camino de la montaña.
Se perfumaba de malvas
el viento cuando balaba.

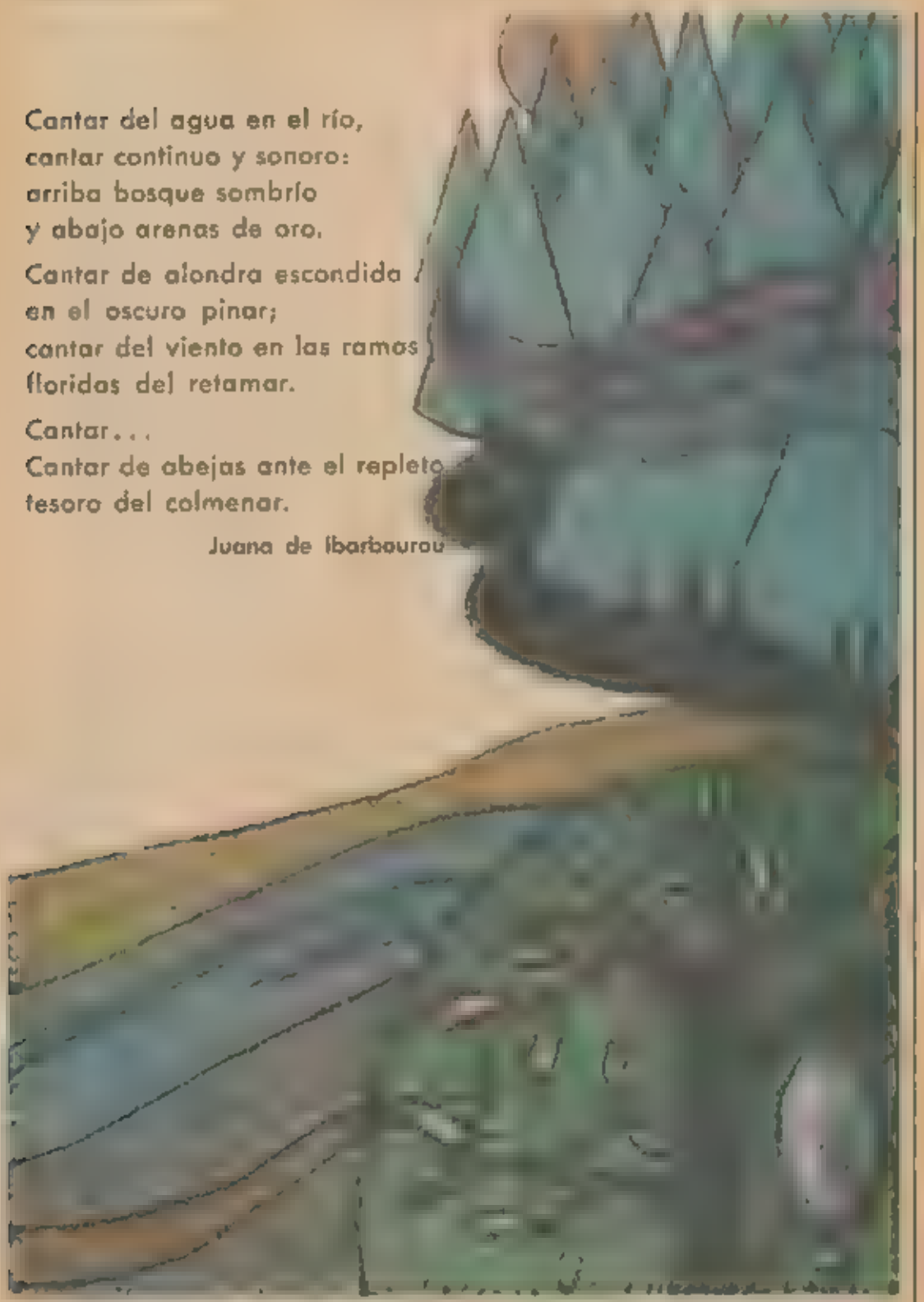
Oscar Castro

La feria de Zapotlán

La feria de Zapotlán se h'zo famosa por todo este rumbo. Como que no hay otra igual Nad e se arrepiente cuando viene a pasar esos días con nosotros. Llegan de todas partes, de cerquita y de lejos, de San Sebastian y de Zapotiltic, de Pihuamo y desde Jilotlán de los Dolores. Da gusto ver el pueblo lleno de fuerenos, que traen sombreros y cobijas de otro modo, guaraches que no se ven por aquí. Nomas al verles la traza se sabe si vienen de la s erra o de la costa. Muchos tienen que quedarse a dormir en los portales, en el atrio de a parroquia o en la plaza, junto a los puestos de la feria, porque no hay lugar para tanta gente En todas las casas hay parientes de visita y duermen de a tres y de a cuatro en cada pieza Los corrales se vacian de gallinas y guajolotes Y no hay puerco gordo, ni chivo ni borrego que llegue vivo al día de la función.

Juan José Arreola
(Fragmento)

Estío



Cantar del agua en el río,
cantar continuo y sonoro:
arriba bosque sombrío
y abajo arenas de oro.

Cantar de alondra escondida
en el oscuro pinar;
cantar del viento en las ramas
floridas del retamar.

Cantar...
Cantar de abejas ante el repleto
tesoro del colmenar.

Juana de Ibarbourou

El rey y el mercader

Había una vez un comerciante muy rico. Vivía en un palacio y tenía muchísimos criados. Vestía trajes de terciopelo y cuando salía a la calle montado a caballo iba rodeado de muchos soldados que lo custodiaban. Todo esto lo supo el rey del país, el cual ordenó que trajeran a su presencia al rico mercader.

El comerciante llegó al palacio real en compañía de cincuenta soldados.

—¿Cómo es eso? —dijo el rey—. Tienes muchos criados y tu casa es mejor que la mía.

—Señor —respondió el comerciante—, todo el dinero que gasto es mío.

—Sí, pero no está bien que vivas mejor que yo —dijo el monarca—. Has cometido un delito y lo pagarás con tu cabeza.

—Señor —lagrimeó el comerciante—, ¿y he de morir solo por eso?

—Morirás —dijo el rey—, a menos que contestes tres preguntas que te haré. Las preguntas son: ¿Dónde está el centro de la Tierra?

¿Cuanto tiempo se tarda en dar una vuelta alrededor del mundo? ¿En qué estoy pensando ahora?

El infeliz comerciante se llenó de miedo porque sabía que no podría contestar las preguntas.

Señor —preguntó—, ¿me da Vuestra Majestad tiempo para contestar?

—Tienes seis semanas —dijo el rey. Ni una más.

El comerciante buscó por todo el país quien pudiera contestar a las preguntas, pero todo el mundo se reía de él. Al fin, al pasar por una choza, se encontró con un pastor de ovejas.

¿Qué se dice del rey? —preguntó el pastor.

—Malas noticias —respondió el comerciante. Y le contó lo que le había sucedido.

—Ánimo —dijo el pastor—, llévame al palacio y no perderás la cabeza. Dame tu capa de terciopelo y haz que me acompañen tus soldados.

El pastor, cubierto con la capa del comerciante, llegó a la presencia del rey.

Vengo dispuesto a contestarle —dijo el pastor.

El rey sonrió.

Bien dijo ¿donde esta el centro de la Tierra?

Aqui dijo el pastor dando con el pie en el suelo Si no lo cree puede medir la Tierra y convencerse

Bien contestado dijo el rey— Ahora contesta la segunda pregunta ¿Cuanto tiempo se tarda para dar una vuelta alrededor del mundo?

—Eso es muy facil —respondio el pastor - Si Vuestra Majestad se levanta con el sol y sigue con él hasta la manana siguiente dara la vuelta al mundo en un solo día

El rey se echó a reir.

Nunca pense que contestaras tan aprisa Y ahora la tercera pregunta: ¿En qué estoy pensando?

Vuestra Majestad esta pensando en que soy un rico comerciante, cuando en realidad soy un pastor Y al decir esto, se quito la capa de terciopelo.

El rey se rió mucho.

Eres mas sabio que el comerciante —dijo A el le perdonare la vida y hare que a ti te den un saco de dinero

Cuento arabe (adaptacion de Armida de la Vara)

La felicidad

¡Mira la amapola
por el verdeazul!
Y la nube buena
redonda de luz.
¡Mira el chopo alegre
en el verdeazul!
Y el mirlo feliz
con toda la luz.
¡Mira el alma nueva
entre el verdeazul!

Juan Ramón Jiménez

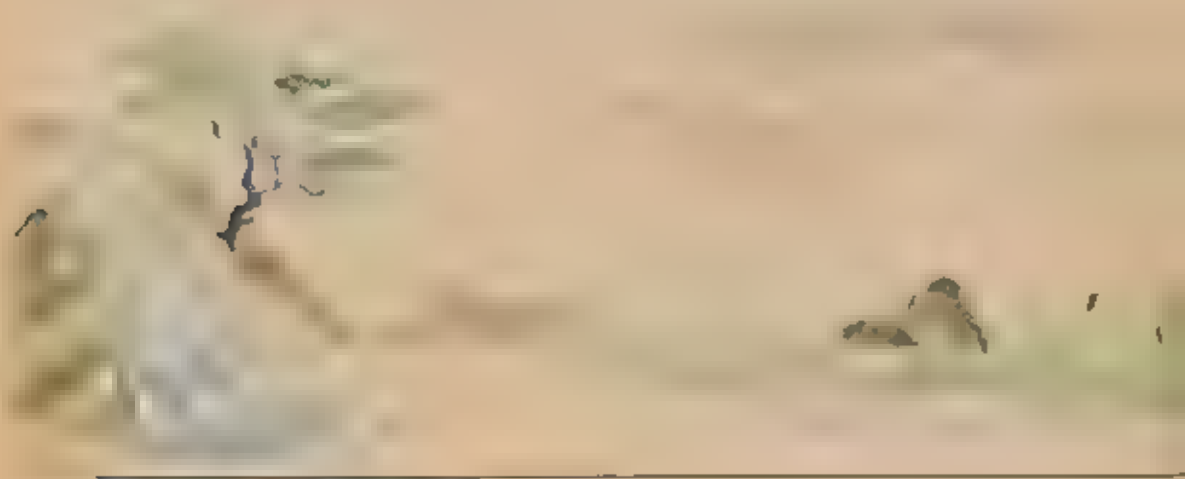
El ciruelo y el río

Hacía tiempo que se conocían, pero nunca habían platicado; quizás por timidez o quizas porque desde que tenían memoria habían estado juntos.

Una tarde de verano, mas alegre y luminosa que otras, el río sintió de pronto ganas de hablarle y, al pasar junto al ciruelo, le dijo:

Aunque me ves todos los días, no sé si sabes quién soy Yo soy el río Vengo desde la montaña, en donde nací como un hilito y después fui creciendo poco a poco con la ayuda de mis hermanos, otros arroyitos de plata Mi vida es bastante agitada pues no paro de andar y, mientras camino, voy regando los campos y los trigales, las milpas y las huertas También doy agua a los pueblos y las ciudades que encuentro a mi paso. Solo descanso al final de mi carrera, cuando desemboco en el mar Y eso por poco tiempo, pues mi madre, la fuente de la montaña, no quiere holgazanes· luego me alienta de nuevo para que vuelva a recorrer mi cauce cumpliendo con mi labor.

—Me lo imaginaba —respondió el ciruelo ¡Y no te quejes! Quizas eres mas feliz que yo, que no recuerdo ni cuando ni como nací Sospecho que algun chiquillo goloso al pasar por aquí dejo caer en la tierra húmeda de tus orillas el hueso de la ciruela que se había comido, pero no puedo asegurarlo. Lo peor es que debo estarme siempre quieto y, para colmo, medio adormecido durante el invierno Por suerte, cuando en febrero el sol empieza a



entibiar el aire, comienzo a sentir un dulce cosquilleo en todo mi cuerpo. Ya lo conozco y sé que pronto renacerán las flores en mis ramas adormecidas, que luego me llenaré de hojas y que después empezarán a crecer mis ciruelas en pequeños racimos, verdes al principio y después de un alegre rojo brillante. Es entonces cuando todo el mundo se acuerda de mí, pero únicamente para arrancar mis frutas y seguir tranquilamente su camino.

—Comprendo tu desencanto —dijo el río—, pero creo que exageras. yo he visto, mas de una vez, que algunos chiquillos vienen a jugar a tu lado o a sentarse bajo tu sombra. Seguramente piensan como yo que en todas nuestras andanzas no hemos visto otro árbol mas generoso y bello. ¡Sobre todo cuando estás cubierto de puras flores, en primavera, o cuando brilla entre tus hojas verdes y oscuras el rojo violáceo de las ciruelas maduras, como brillan hoy.

El ciruelo, que nunca había oído un elogio, se turbó un instante, pero de inmediato respondió con sinceridad:

—Si lo que dices es cierto, todo eso te lo debo a ti. Sé que sin tu ayuda no serían tan abundantes mis flores, ni mi follaje tan verde y espeso, ni serían mis hijas tan dulces, frescas y hermosas. Y ahora que somos amigos, te confieso que mi única distracción es contemplarme reflejado en tu corriente, porque en el movimiento de tu espejo me veo gracioso y agitar mi imagen jugueteo como si yo bailara. Eso me ayuda a sentir que estoy vivo, aunque siga casi inmóvil con mis raíces aferradas al suelo.

Casi todo lo que han dicho es muy cierto, —se oyó de repen-

le dec r a unos niños que estaban trepados al arbol, saboreando las ricas ciruelas, y agregaron:

—Tamb en nosotros somos muy fel ces de tenerlos a los dos, aunque lamas se nos haya ocurrido confesarlo Y a pesar de lo que ha d cho nuestro querido ciruelo, venimos aquí a menudo, cuando estamos de vacac ones, ¡y no solo por los d lces racimitos ro,os! Claro que nos da mucho gusto saborear las ciruelas, pero tambien nos encanta sentarnos en este r nconc to para gozar de tu fresca sombra, generoso amigo, y m rar todo lo que tú refle as, andariego Es tan bon to el mundo fantast co que encierran! Nubes que cambian a cada instante de formas y colores, arboles que danzan la luz del atardecer que multiplica su oro rojo y vio eta en a plata quebradiza

Cuento japones (version de Carlos H Magis)

Tiene la Tarara

Tiene la Tarara
un jardín con flores,
y me da, si quiero,
siempre las mejores.

La Tarara, sí,
la Tarara, no,
la Tarara, madre,
que la quiero yo.

Tiene la Tarara
un dedito malo,
que curar no puede
ningún cirujano.

La Tarara, sí,
la Tarara, no,
la Tarara, madre,
que la quiero yo.

Tiene la Tarara
un cesto de frutas,
y me da, si quiero,
de las más maduras.

La Tarara, sí,
la Tarara, no,
la Tarara, madre,
que la quiero yo.

Canción popular

La colibrí

La colibrí era tan pobre que no se podía casar, por eso, día y noche, lloraba su mala suerte.

El ruiseñor, su viejo amigo, le tuvo lástima y decidió ayudarla. Para eso llamó a los animales del bosque y les dijo:

—Una pajarita se quiere casar, pero como es muy pobre, no lo puede hacer. No tiene collar, ni vestido, ni zapatos, ni peine, ni espejo. Nada, nada tiene la infeliz. Todos debemos darle algo.

Los animales dijeron que la ayudarían de mil amores.

La codorniz dijo: —Yo daré el collar.

El azulejo dijo: —Yo daré los zapatos.

La tortuga dijo: —Yo daré el peine.

La abeja dijo: —Yo daré la miel.

El pavo real dijo: —Yo daré la cola.

El cardenal dijo: —Yo daré el manto.

Y así, la colibrí se casó y cuando tuvo sus primeros hijitos el ruiseñor fue el padrino. Leyenda yucateca (versión de Ermilo Abreu Gómez)

El Sol

El Sol tiene propiedad de resplandecer y de alumbrar, y de echar rayos por sí; es caliente y tuesta, hace sudar .

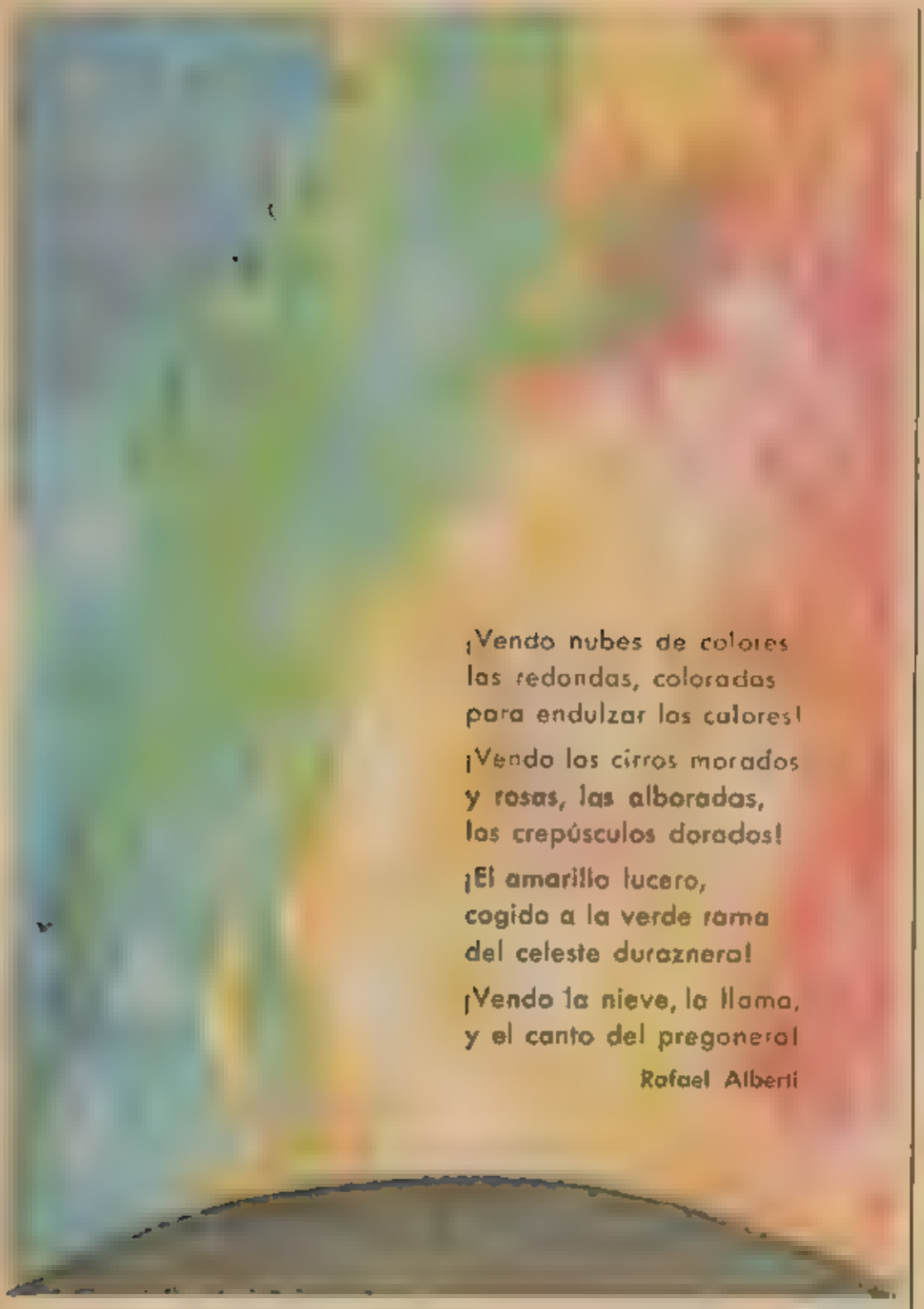
Los nahuas hacian fiesta al Sol una vez cada año en el signo que se llama "nahui ollin" y antes de la fiesta ayunaban cuatro dias, y en la fiesta del Sol ofrecian incienso y sangre de las orejas cuatro veces, una en saliendo el Sol, otra al mediodía y otra a la hora de vísperas y cuando se ponía.

Y cuando a la mañana salía, decían. "Ya comienza el Sol su obra. ¿Qué será, que sucederá en este dia? y a la puesta del Sol decían. ' Acabó su obra o su tarea el Sol '

A veces cuando sale el Sol parece de color de sangre y a veces parece blanquecino, y a veces sale de color enfermizo por razon de las tinieblas o de las nubes que se le anteponen

Cuando se eclipsa el Sol parece colorado, parece que se entristece o que se turba el Sol . . .

Fray Bernardino de Sahagún (fragmento)



¡Vendo nubes de colores
las redondas, coloradas
para endulzar los calores!

¡Vendo los cirros morados
y rosas, las alboradas,
los crepúsculos dorados!

¡El amarillo lucero,
cogido a la verde rama
del celeste duraznero!

¡Vendo la nieve, la llama,
y el canto del pregonero!

Rafael Alberti

Prometeo

Prometeo era hijo del titan Japeto y de la Tierra. Se le admitia en el Olimpo, la morada de los dioses, y tomaba parte en sus discusiones. Prometeo amaba a los hombres, que eran desgraciados, y hacia llegar sus peticiones a los dioses.

Bajaba a la Tierra y andaba entre los hombres, a quienes enseñó la manera de contar el tiempo, el alfabeto, los numeros, la navegación y hasta la medicina.

Pero los hombres solo conocian el fuego en el rayo y en el Sol Comían la carne cruda, no podían trabajar los metales ni tener en sus casas una llama encendida Los dioses, indiferentes al sufrimiento de los hombres, habían determinado que el fuego, "la flor roja", que es amorosa y civilizadora, perteneceria solo a los dioses.

Prometeo, dispuesto a ayudar a sus amigos, se acercó a la rueda del Sol, y encendiendo en ella una antorcha, corrió a traerla a la Tierra.

Para castigar a Prometeo, los dioses enviaron al mundo a Pandora, con una caja sellada que contenía todos los males. La recibió un hermano de Prometeo, la abrió impacientemente, y las

calamidades salieron volando de la caja y se esparcieron por todo el mundo.

Así, los hombres empezaron a sufrir epidemias, terremotos, pestes y diluvios. La desgracia cayó sobre ellos como una lluvia inacabable.

Y Prometeo fue encadenado a las rocas de un volcán, el Vesubio, a donde llegaban los buitres. Sus gritos resonaban en las grutas de la montaña, pero los dioses no quisieron escucharlo. Solo Hércules, generoso y fuerte, se apiadó de Prometeo y con flechazos mató a los buitres que lo rondaban. Así, el héroe pudo verse libre.

El fuego cambió la vida de los humanos: en las casas había fuego y calor; los metales derretidos fueron trabajados, y así nacieron desde las armas para defenderse de las fieras y los instrumentos de caza, hasta la confección de joyas para el adorno de hombres y mujeres.

Desde entonces tuvo Prometeo un lugar superior al de los héroes que son solamente hombres, y se aproximó a los propios dioses.

Mito griego

Canción de mayo

En los mañanicas
del mes de mayo,
cantan los ruiseñores,
retumba el campo.

En los moñanicas,
como son frescas,
cubren los ruiseñores
las alamedas.

Ríense las fuentes,
tirando perlas
a los florecitas
que están más cerca.

Vístense las plantas
de varias sedas,
que sacar colores
poco les cuesta.

Los campos alegran
tapetes varios;
cantan los ruiseñores,
retumba el campo

Lope de Vega

Susto

Era la merienda de los niños. La lampara difundia su rosada lumbre tibia sobre el mantel de nieve Y los geranios rojos y las pintadas manzanas coloreaban de alegria, campesina y fuerte, la idilica estampa de caras inocentes. Las niñas platicaban como si fueran ya mujeres, los ninos discutian como algunos hombres

Al fondo, dando el pecho al más pequeno, la madre, joven y bella, los miraba sonriendo. Por la ventana del jardin, la clara noche de estrellas se adivinaba sol tarra y fria.

De pronto, Blanca corrió, como un débil rayo, a los brazos de la madre. Hubo un repentino silencio, y luego, en medio de un estrepito de sillas caidas, todos corrieron igual que ella con nervioso alboroto y mirando espantados la ventana

¡El tonto de Platero! Todo había sido culpa suya Apoyando en la ventana su cabezota blanca, agigantada por la sombra, los cristales y el miedo, se había puesto a contemplar, quieto y triste, el dulce comedor encendido.

Juan Ramón Jiménez

El cuento de nunca acabar

Había una vez un rey a quien le encantaba oír contar cuentos. Apenas se terminaba uno cuando ya quería que otro cuento empezara, y no había narrador que aguantara ese maratón. El rey era caprichoso como un niño malcriado, y a tanto llegó su deseo de escuchar cuentos, que no se tentó el corazón y ofreció la mano de su hija al hombre que fuera capaz de contarle un cuento que no terminara nunca. "Cuando yo muera —decía—, él heredará mi reino, pero si no puede continuar el cuento indefinidamente, le cortaré la cabeza."

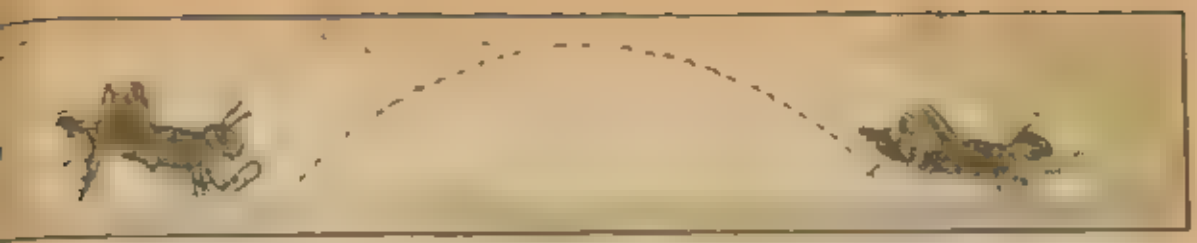
Muchos jóvenes y viejos intentaron ganarse la mano de la princesa, y por supuesto el reino también, pero todos fracasaron, y el rey mandó que les cortaran la cabeza con una hachita muy filosa que mandó hacer expresamente.

Por esa razón los que pretendían contentar al rey estaban muy escamados, y ya no aparecían por el palacio tantos hombres como al principio. Pero como nunca falta un arriesgado, una mañana, tempranito, llegó un joven bien parecido y bien dispuesto a heredar el reino . . y la mano de la princesa, naturalmente. Muchos amigos y parientes le habían advertido el peligro si fracasaba, pero este joven bien parecido, no se dejó impresionar. Tenía tanta seguridad en sí mismo, que ni el recuerdo de la hachita filosa lo hizo desistir.

Le hicieron pasar inmediatamente a la presencia del rey. El soberano estaba tan hambriento de cuentos que le rogó que empezara en ese instante. Para escuchar mejor, el rey se bajó del trono, tomó un cojín grandote y se acomodó en él lo mejor que pudo, como gallina en nido nuevo; cruzó las piernas y se detuvo el mentón con una mano. Cuando el joven bien parecido vio que el rey estaba en posición y actitud de escuchar, empezó así:

—Has de saber, ¡oh rey! (no se sabe por qué razón todos comenzaban así) que había una vez un tirano que ansiaba llegar a tener las mayores riquezas.

Todo lo que la región producía le parecía poco para él. Era un tirano ambicioso como todos los tiranos, ambicioso y previsor, porque mandó a sus esclavos, que eran miles, construir un granero enorme, tan grande, que pasaron años y no podían terminarlo. Cuando por fin quedó terminado, el granero era alto como una altísima montaña, y desde lejos podía verse con unas nubecitas en la cima. Parecía un volcán Entonces el tirano comenzó a llenarlo de trigo. Hileras interminables de esclavos llevaban en sus espaldas sacos y más sacos llenos de trigo, y los vacia-



ban en aquel granero gigantesco. Muchos años tardaron en llenarlo, pero lo llenaron al fin. Y como si hubieran estado esperando solo eso, las langostas cayeron sobre aquel reino, destruyéndolo todo. Cuando la plaga había acabado con la última briznita verde, atacaron el granero del rey. El granero estaba muy bien construido, pero como a la mejor cocinera se le quema la sopa, los albaniles se habían descuidado y habían dejado un agujerito en una pared del granero. Era un agujero tan, pero tan chiquito, que solo una langosta esbelta podría pasar por él. Una de ellas penetro, pues, por el agujerito y salió llevándose un grano de trigo; entro otra y salió con un grano de trigo; entró una tercera y se llevó otro grano de trigo...

Llevaba el narrador cinco horas haciendo que las langostas penetraran una a una al interior del granero, cuando el rey lo interrumpió para decirle:

—Quiero saber lo que pasó cuando las langostas acabaron de sacar todo el trigo.

—Debe su majestad perdonarme —replicó el joven cortesmente— pero todavía no ha llegado ese momento, y no puedo contar la segunda parte del cuento hasta no haber terminado la primera, y apenas voy empezando... Y entró otra langosta más y se llevó otro grano de trigo, y luego otra más y... Hasta allí pudo escuchar el rey, porque comenzó a cabecear, luego a roncar y después a soñar con langostas. A veces se medio despertaba para preguntar. "¿Todavía se están llevando el grano?", pero al oír al narrador que seguía repitiendo "Y entonces otra langosta se llevo otro grano de trigo", volvía a dormirse para volver a soñar con esbeltas langostas entrando y saliendo del granero.

Así pasaron seis largos meses y todavía las langostas no acababan de sacar todo el trigo; entonces el rey comprendió claramente que no podría resistir más entradas y salidas de langostas

al granero, y preguntó entre bostezo y bostezo

—¿Durara tu cuento mucho tiempo todavía?

—¡Oh, rey! (así decían, no sé por qué razon, todos los narradores de entonces), no puedo saber cuanto tardaré, porque las langostas han sacado apenas unos puñados de trigo, pero el granero todavia esta lleno. Con el tiempo seguramente acabarán de vaciarlo. Tenga el rey paciencia. 'Y entonces otra langosta entró..."

El rey, por supuesto, caía en letargos que duraban horas para no oír el cuento de nunca acabar. En cierto momento se llego a preguntar si viviría bastantes años para poder oír el final del cuento. Este pensamiento lo ponia triste, triste, y lo hacia lanzar profundos suspiros que se oían hasta las cuadras, donde los caballos despertaban asustados cada vez que suspiraba el rey

Transcurrieron semanas, meses, pasó un año, y el narrador seguía con el mismo sonsonete de las langostas, hasta que una tarde, despues de una siesta mas prolongada que las acostumbradas, el rey, colmada su paciencia, interrumpio al joven bien parecido para decirle:

—Amigo, has mantenido tu promesa, pues voy viendo que tu cuento no se acabará nunca No me interesa saber lo que hizo la langosta a quien le toca entrar ahora en el granero puedes, por lo tanto, quedarte con mi hija y mi reino, con tal que me dejes en paz y que no vuelvas a proferir una sola palabra referente a las langostas y a los granos de trigo.

Y así quedó interrumpido el cuento de nunca acabar

Cuento popular (versión de Armanda de la Vara)

La Luna en casa

La Luna, la Luna tiene.
miedo de caer al río,
parece, en el caserío,
que alguien, de atrás, la sostiene.

Nadie sabe lo que pasa,
nadie sabe cosa alguna
¿Si se va a caer la Luna,
por qué no cae en mi casa?

Si cae sobre el tejado
y en hallarla soy primero,
la pondré en el cristalero
con un vaso a cada lado.

Los dos estamos acordes
en arreglarla distinta:
tú le pondrás una cinta,
yo le pintaré los bordes.

Y tendremos que cuidarla
—frágil es como una pompa—,
para que no se nos rompa,
por si vienen a buscarla.

Horacio Rega Molina

Mi papalote

Se han soltado los vientos, madre y es bueno que me fueras dando para comprar un papalote en figura de sol grande y colorado, de armazon de carrizo y los tirantes de hilacha. No quiero, como otros años, comprar un papalote de papotas, hecho con papel de china y los tirantes de engrudo, para no mas ir corriendo por la calle, contra el viento, sin que se sostenga solo con el aire, ni se atore en los alambres de la luz, ni con cualquier rabieta caiga al suelo y se rompa. Iré al campo, hasta el algodonal, o a las trojes. Si no quieres madre, que vaya tan lejos, subiré a la azotea; veras qué bonito, sin necesidad de correr, el aire coge mi papalote, yo tendré que hacerme fuerte para que no me lleve, si colea, no será para caerse, veras que bonito irá subiendo, aprisa, casi arrancandome el hilo de las manos; en lo alto, madre, la figura del sol parecerá que se ríe, y yo tendré el gusto de sujetarla y moverla a mi antojo, como si moviera y sujetara, con un cordon al Sol de veras, titere de mis juegos.

El cielo esta azul parejo, no hay una nube, y los vientos, madre se han soltado.

Agustín Yañez (fragmento)

La cometa

Empieza a hacer calorcito,
ya viene la primavera,
se fue el tiempo de los trompos
y llega el de las cometas.

Frente a casa hay un campito
que dicen no tiene dueño;
allí me voy los domingos
a remontar mi lucero.

Le emparejo bien los tiros
y le acorto algo el del medio
para que vaya hacia arriba,
bien arriba, mi lucero.

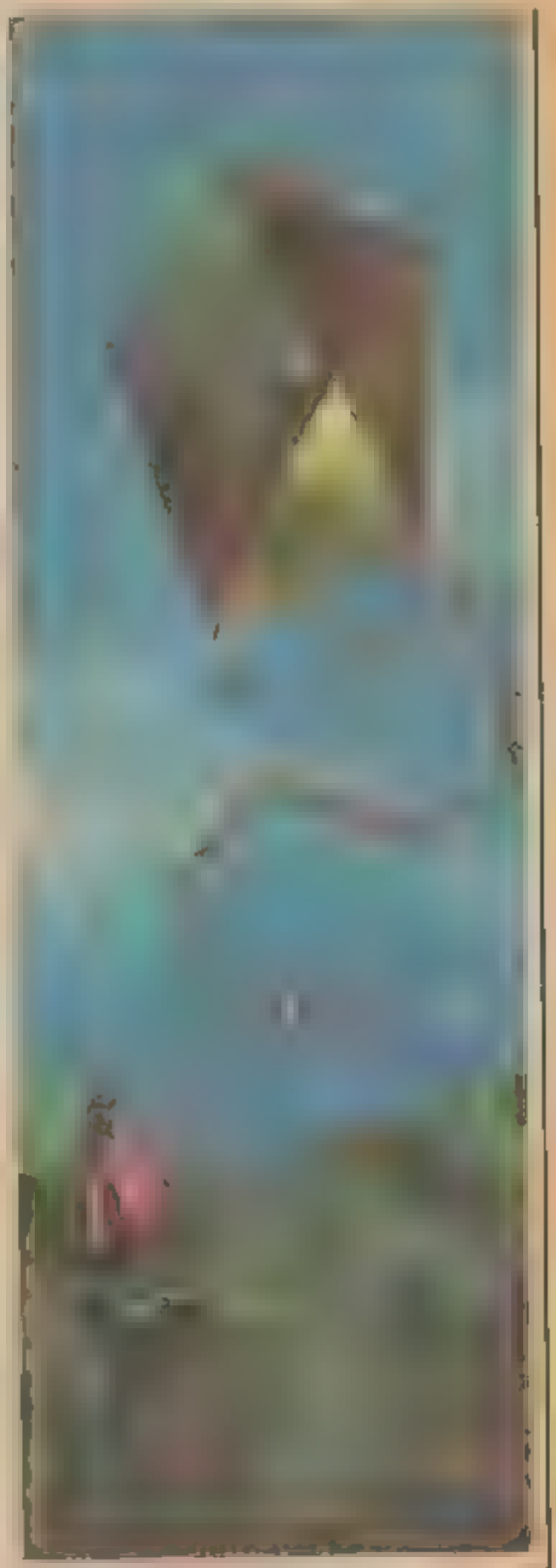
Y lo recojo y lo aflojo
hasta hacerlo tocar tierra;
qué lindas son las cometas:
¡aflójale que colea!

Veinte tiritas de trapo
lleva la cola, lo menos:
trapo que en casa se pierde
mamá lo encuentra en el cielo.

Por ver si le corta el hilo
a alguna otra cometa,
en la cola le ato un vidrio
que brilla como una estrella.

Vengan a ver mi lucero:
cuando está bien serenito,
por intermedio del hilo
le mando una carta al cielo.

Fernán Silva Valdés



El mito del diluvio

Se dice que muchos, muchos años antes de la llegada de los españoles a nuestra tierra, sucedió lo que les voy a contar

Había llovido mucho en aquel año y continuaba lloviendo desde la mañana hasta la noche, sin que un rayo de sol o de luna iluminara los campos. Las lindas estrellas se habían ocultado quizá para siempre, y los pajaros escondidos en sus nidos probaban tristemente cubriendo con sus alitas empapadas a los bebés pajaritos, así las madres cuidaban de sus hijitos temblorosos de frío

Lloraban las madres y se aterrorizaban los niños porque veían caer del cielo torrentes de agua en forma de grandes culebras que azotaban los campos, destruían los sembrados, anegaban las ciudades, el huracán azotaba los arboles y sus ramas se desgajaban, como enormes gigantes heridos, y el hogar tolteca corría peligro.

Así estaba aquel país de nuestros antepasados en los días del diluvio.

¿Por qué el cielo se mostraba tan severo con los hombres? ¡Ah!, porque habían faltado a su deber, no eran trabajadores, no adoraban a sus dioses, ni eran respetuosos con los otros hombres, sus hermanos.

Entonces los hombres pensaron hacer algo para salvar a la familia construyeron una gran pirámide como montaña de ladrillo y cemento especial, que llamaron Tolan Chololan alta, hasta el cielo, para escapar de la inundación. Ahí elevaron un altar a Tlaloc el dios de las lluvias y a Quetzalcoat, el dios del viento, y subieron a sus familias por los grandes escalinatas de piedra hasta llegar a la cumbre. El dios de las aguas, compadecido de los hombres al ver su actividad y unión en el trabajo, hizo cesar el diluvio, y la aflicción del pueblo terminó.

Leyenda tolteca

recopilación y adaptación de Estefanía Castañeda

Bailecito de bodas

Por el totoral,
bailan las totoras
del ceremonial.

Al tuturuleo
que las totorea,
baila el benteveo
con su bentevea.

¿Quién vio al picofeo
tan pavo real,
entre las totoras,
por el totoral?

Clavel ni alhelí,
nunca al rondaflor
vieron tan señor
como el bentevi.

Cola color sí,
color no, al ajal,
entre las totoras,
por el totoral.

Benteveo, bien
al tuturutú,
chicoleas tú
con tu ten con ten.

¿Quién picará a quién,
al punto final,
entre las totoras,
por el totoral?

Por el totoral,
bailan las totoras
del matrimonial.

Rafael Alberti

Jirafa,
yo no sé
cómo cupiste
en
el
Arca de Noé.
Juan León Mariscal
Ciempiés,
¿no crees
que es
¿no grosero
tardarse tanto tiempo en la zapatería?
Juan León Mariscal

El ser más poderoso del mundo

Un mago de la India pasaba cierta hermosa tarde por la orilla del río Ganges, el gran río sagrado de los brahmanistas y budistas.

De repente oyó fuerte aleteo sobre su cabeza y, movida por la curiosidad, alzó la mirada y vio un buho que llevaba un ratoncito en el pico.

El mago prorrumpió en grandes gritos y agitó los brazos para asustar al buho; éste dejo caer, en efecto, al ratoncito, que quedo en el suelo como muerto.

El mago lo recogió, lo curó, y después, usando su poder mágico, lo convirtió en una lindísima jovencita. La contempló con agrado y le habló de esta suerte:

—Vamos, mi linda niña, ¿A quién desearías como esposo? Dime tu pensamiento, pues mi poder es grande y no hay duda de que alcanzaré a satisfacer tus aspiraciones.

La joven, que ya no se acordaba de su humilde estado anterior, exclamó:

—Quiero por marido al ser más poderoso del universo.

Esta respuesta no satisfizo mucho al mago, que era hombre sencillo y de apacibles sentimientos, pero, como también era fiel a su palabra, se dispuso a cumplir los deseos de su ahijada.

—El sol —dijo—, es el ser más poderoso del universo. Es la luz del mundo y el calor de la vida. Será tu esposo.

Y volviéndose hacia el astro bienhechor, que en aquel momento resplandecía en medio de los cielos, le suplicó que aceptara la mano de la joven. Mas he aquí que el sol, que había escuchado toda la plática, respondió:

—Con gusto me casaría con la joven, pues es muy bonita, pero no soy el mas poderoso. ¿Como puedo serlo, si una nube ligera puede eclipsarme y dejarme en la sombra?

Y pronto quedó probado, porque en aquel instante pasó una nube y oscureció al sol.

Entonces el mago pidió a la nube que se casara con su ahijada, pero la nube respondió:

—Con mucho gusto lo haría, pues es muy bonita; mas tampoco

soy el ser mas poderoso del mundo El viento me arrastra y me lleva de un lado a otro, sin que yo pueda resistir a su voluntad

Iba el mago a ofrecer al viento la mano de la muchacha, cuando observo que se estrellaba contra una poderosa montaña, rugiendo furiosamente, y no la movía ni una pulgada, por lo cual ofrecio su ahijada a la montana, y recibio esta sorprendente respuesta.

—¿Donde está mi poder? Solo tengo resistencia inerte Las tormentas se disipan en su golpe violento contra mi, pero soy incapaz de obrar; no puedo moverme, nada puedo hacer. Aquel ratoncito que excavo su madriguera a mis pies es mas fuerte que yo, puesto que no puedo impedirle que roa mis entranas para hacer en ellas su vivienda.

El mago se maravillo del resultado de su búsqueda, pero luego comprendio que cada ser tiene una fuerza superior, que es la fuerza de su propia naturaleza. Entonces devolvio a la joven su condición natural, y como vio que era un ratoncito hembra, llamo al ratón que habia labrado su casa en la montana, para que ambos formaran un matrimonio feliz, que al fin y al cabo era lo que él deseaba.

Cuento hindú (versión de Carlos H. Magis)

¿Quién pinta?

¿Quién pinta, quién pinta
la flor con rocío
y el cielo con tinta?

¿A quién se le pierde
encima del árbol
su pintura verde?

¿Quién mueve, quién mueve
la cola del viento
y la de la nieve?

¿Quién marcha, quién marcha
con gorro de nube,
con capa de escarcha?

María Elena Walsh

Este torito que traigo
no es pinto ni colorado,
es un torito barroso,
de los cuernos recortado.

¡Lázalo, lázalo, lázalo,
lázalo que se te va!
Y échame los brazos, mi alma,
si me tienes voluntad.

¡Lázalo, lázalo, lázalo,
lázalo, que se te fue!
Échame los brazos, mi alma,
y nunca te olvidaré.

Este torito que traigo
lo traigo desde Tenango,
y lo vengo manteniendo
con cascaritas de mango.

¡Lázalo, lázalo, lázalo,
lázalo que se te va!

Y échame los brazos, mi alma,
si me tienes voluntad.
Este torito que traigo
lo traigo desde Jalapa,
y lo vengo manteniendo
con pura sopa borracha.

¡Lázalo, lázalo, lázalo,
lázalo, que se te fue!
Échame los brazos, mi alma,
y nunca te olvidaré.

Este torito que traigo
lo traigo desde Campeche,
y lo vengo manteniendo
con pura sopa de leche.

¡Lázalo, lázalo, lázalo,
lázalo que se te va!

Canción popular mexicana

El País de las Cien Palabras

Érase una vez un país — no recuerdo bien su nombre, pero le llamaremos el País de las Cien Palabras. En ese país los hombres eran muy felices. Vivían en un pueblo ni grande ni pequeño y todos se conocían. Si alguna vez se peleaban dos, los demás los separaban, si alguien se enfermaba, los vecinos lo cuidaban, le daban sus medicinas, barrían y sacudían, si uno tenía que salir de viaje, los amigos le ayudaban a acomodar las ropas en la maleta, lo despedían y cuando regresaba, iban a esperarlo para darle la bienvenida. En fin, todos se querían y se ayudaban.

Yo no podría decirles en este momento si la tierra era muy buena o muy mala, lo cierto es que, como era de todos y la trabajaban juntos, la cosecha la repartían entre todos, bien repartidita y siempre les alcanzaba.

Además, tenían un comedor donde almorzaban juntos después de trabajar la tierra, y donde cenaban cada noche. La comida era de lo mejor, pues en la cocina trabajaban los mejores cocineros y cocineras del pueblo, y la comida nunca les quedaba cruda o quemada, sin sal o demasiado salada. Ya se imaginarán como co-

mían aquellos niños, y con qué apetito Cada dia parecia una fiesta.

Los ninos vivian ¿como creen que vivirian los ninos? .. pues juntos en unas casitas hechas a su medida No como en las casas de los mayores, donde las mesas son demasiado altas y los pies cuelgan al sentarse, donde no alcanzan las cosas del armario

No, eran unas casitas hechas expresamente para los niños, con todas las cosas que a los ninos les gusta juntar botecitos y cajas, pedazos de madera, mecates, piedritas, pinceles y papeles de colores . ¡en fin! eso lo saben mejor ustedes que yo.

Cada tarde, cuando los papás regresaban del trabajo, los ninos iban a jugar con ellos sobre la hierba, delante de las casas A fi jugaban a la pelota, elevaban papalotes, miraban libros

Por la noche, mientras los ninos dormian, los padres y los niños mayores se reunian para decidir lo que harian otro dia· sembrar trigo, cortar naranjas sin golpearlas, plantar papas, vacunar a las gallinas, dar de comer a los puercos, ordeñar

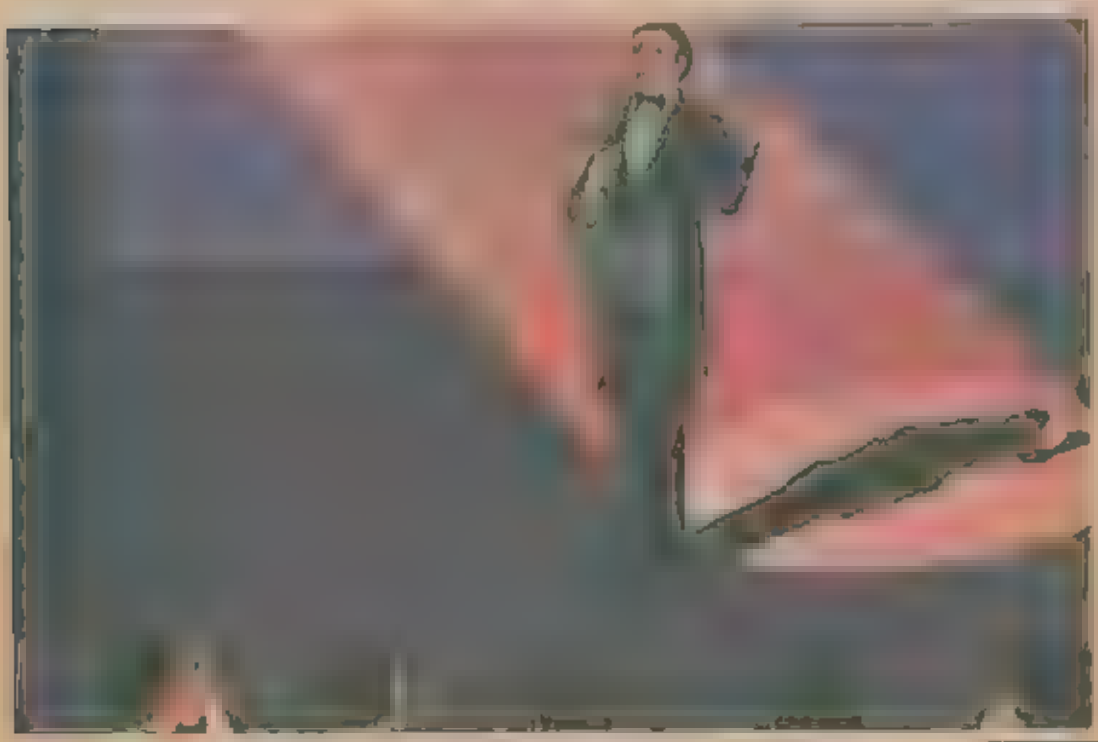
Cada año escogian al que mejor sabia clavar y pulir madera para carpintero; al que hacia las paredes mas derechitas, para albañil, al que mas pronto destapaba un caño, para plomero, y

para maestros a los que sabían más cuentos. Por último, también escogían a un secretario para no dejar a los niños jugar y gritar frente a la casa de un enfermo, para hacer que en las reuniones hablara un niño después de otro y no todos a la vez, para que hubiera bastantes casas para todos, y cosas así.

¿Pero por qué se llamaba el "País de las Cien Palabras"? Pues porque solo tenían cien palabras para decirse todo. Como comprenderán ustedes, no hablaban demasiado, porque las palabras no les alcanzaban. En un momento las decían todas, y se quedaban callados. Pero una vez un hombre se animó a inventar una. Esa palabra era su nombre. Una palabra muy extraña, pero como era bastante sencilla, la aprendieron primero los niños, y después todos la sabían. La palabra, es decir, el nombre, era "Poeta", y así le llamaban a aquel hombre, aunque no sabían bien qué quería decir. Lo cierto es que Poeta hacía canciones muy lindas, y cuando salía en el teatro tenía a todos con la boca abierta. Y sucedió que Poeta comenzó a inventar más y más palabras, hasta que . . ¿se imaginan lo que pasó? . .

Pues que ahora el "País de las Cien Palabras" tendrá que cambiar de nombre.

Marta Mata (adaptación de Arnildo de la Vara)



Naranjas

Naranjas que caían
al corral de mi casa,
de una casa vecina
rodando por las tapias . . .

Encendidas naranjas
que trae, en su canasta,
una niña que viene
cantando desde el alba:
"Naranjitas de China,
¿no me compra naranjas? . . .'

¡Ay, cómo me recuerdan
el solar de mi casa
con el color alegre
de sus hojas amargas!

¡Cuántas cosas me dice
de mi vida lejana,
esa niña que viene
vendiendo unas naranjas!

Sol . . . provincia . . . canciones . . .
¡Esa niña que pasa
no comprende que, a gritos,
va vendiendo mi infancia!

Jaime Torres Bodet

Historia de los dos que soñaron

Cuentan unas cronicas muy antiguas, escritas por hombres sabios y amigos de la verdad, que hubo en El Cairo un hombre muy rico, tan generoso y caritativo, que terminó por repartir entre los pobres toda su fortuna, quedandose solamente con la casa de sus padres Como no guardo nada para si, tuvo que empezar a trabajar para ganarse la vida.

Una tarde regresó tan cansado del trabajo que se durmió debajo de una higuera de su jardin, y en sueños vio a un desconocido que le dijo:

—Tu fortuna está en Persia, en Isfajan, vete a buscarla

A la mañana siguiente el hombre desperto muy temprano y emprendio el largo viaje hasta Isfajan. Atravesó desiertos, cruzó rios caudalosos, peleo con fieras que lo atacaron. Al fin llegó a Isfajan, pero tan cansado estaba que no pudo entrar a la ciudad y se acostó a dormir en el patio de un templo a Mahoma, que alla se llaman mezquitas. Junto a esa mezquita habia una casa grande y lujosa, y tocó la casualidad que esa misma noche, mientras el hombre de El Cairo dormia profundamente, una pandilla de ladrones atravesó el patio de la mezquita y se metió en la casa para robarla Despertaron los dueños y pidieron socorro a gritos, despertaron los vecinos y también gritaron, mientras que los ladrones huian por las azoteas. Cuando el jefe de los vigilantes llegó, hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y lo llevaron a la carcel. El juez lo hizo comparecer y le dijo

—¿Quién eres y cuál es tu patria?

El hombre declaró:

—Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Yacub El Magrebí

El juez le preguntó:

—¿Qué te trajo a Persia?

El hombre dijo la verdad:

—Un hombre me ordeno en un sueño que viniera a Isfajan, porque ahí estaba mi fortuna Ya estoy en Isfajan y veo que la fortuna que me prometió ha de ser esta cárcel

El juez se echó a reír.

—Hombre desatinado —le dijo—, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo en cuyo fondo hay un jardín, y en el jardín un reloj de sol, y después del reloj de sol una higuera, y bajo la higuera un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo, has venido caminando hasta aquí bajo la sola fe de tu sueño. Que no vuelva a verte en Isfajan Toma estas monedas y vete.

El hombre las tomó y regreso a su patria. Debajo de la higuera de su casa (que era la del sueño del juez) desenterró el tesoro Así, Dios lo bendijo y lo premió.

Cuento árabe

Costas de Yucatán

Ansioso de conocer, siquiera a distancia, la tierra yucateca, anduve sobre la cubierta de. barco desde antes del alba ¡Qué acontecim.ento tan sencillo y al propio tiempo tan cuajado de evocaciones y misterio, el lento dibujarse de la ba,a costa de Yucatan en el horizonte de nácar de un amanacer de mayo! Resbalan sobre el agua fulgores extraños, como eclipse de sol; el c'elo se agr eta y deja ver, entre tiras de nubes, bri lantes estrías que anuncian el torrente de luz. Y abajo y a lo .e,os, sobresa'endo apenas de la linea de. agua, va surgiendo el levísimo perfil de una tierra verde y vaporosa, y aparecen los tonos le,anos de una vegetación tropical, aquí rala, semejante a una cresteria.

Martín Luis Guzmán

El alba

El paisaje marino
en pesados colores se dibuja.
Duermen las cosas. Al salir, el alba
parece sobre el mar una burbuja.
Y la vida es apenas
un milagroso reposar de barcas
en la blanda quietud de las arenas

José Gorostiza

Golpecitos con los dedos

Acostumbraba a dar, disimuladamente, unos suaves y raros golpecitos con los dedos. Los que estaban a su alrededor no sabían de donde venían y llegaban a ponerse verdaderamente inquietos Hasta su mujer hab a sido presa de buenos sustos· a pesar de que ya conoc.a la maña de su marido, mas de una vez hab'o saltado de su mecedora, a armada por un repiqueteo nervioso

—¿Has oido ese ruidito extraño? —lograba a duras penas preguntar.

Él sonreia, complacido con el gran efecto logrado, y le confesaba que él era el causante de los ruiditos

Se podria decir que esta broma era su verdadera especial'dad: había puesto en perfeccionarla toda su capacidad de refinamiento, para darle a los famosos golpecitos variantes cada vez más sugestivas o más inquietantes.

Su broma era ya una obra maestro, pero en cierta ocasion le hizo pasar el peor rato de su vida

Fue durante la guerra. El Servicio de Inteligencia era tan inteli-

gente, tan inteligente que corria el peligro de pasarse de listo y la Seccion de Contraespionaje habia desarrollado una gran capacidad para captar, interceptar y descifrar mensajes en clave

Un buen dia, los agentes del Servicio de Inteligencia despertaron muy de mañana al especialista en golpecitos con los dedos, y sin darle muchas explicaciones lo llevaron a la Central del Servicio de Inteligencia En una de las oficinas especiales lo esperaba una hostil Comision Investigadora cuyo presidente le hizo sin rodeos la siguiente acusación:

—Usted es un traidor que trasmite valiosas informaciones secretas al enemigo.

—¿Yo? —atino solamente a decir asombrado el pacifico bromista especializado en golpecitos con los dedos

—Si, usted —insistio el presidente—, que utiliza algun aparato mas adelantado que el telegrafo y un codigo secreto parecido al codigo Morse Nuestros agentes lo han estado vigilando desde hace tiempo y por fin han logrado captar, a través de las paredes de la casa de su vecino, uno de sus mensajes "Barco cargado pirita y tungsteno sale mañana."

—¡No es posible! tartamudeó asustado nuestro hombre—, eso

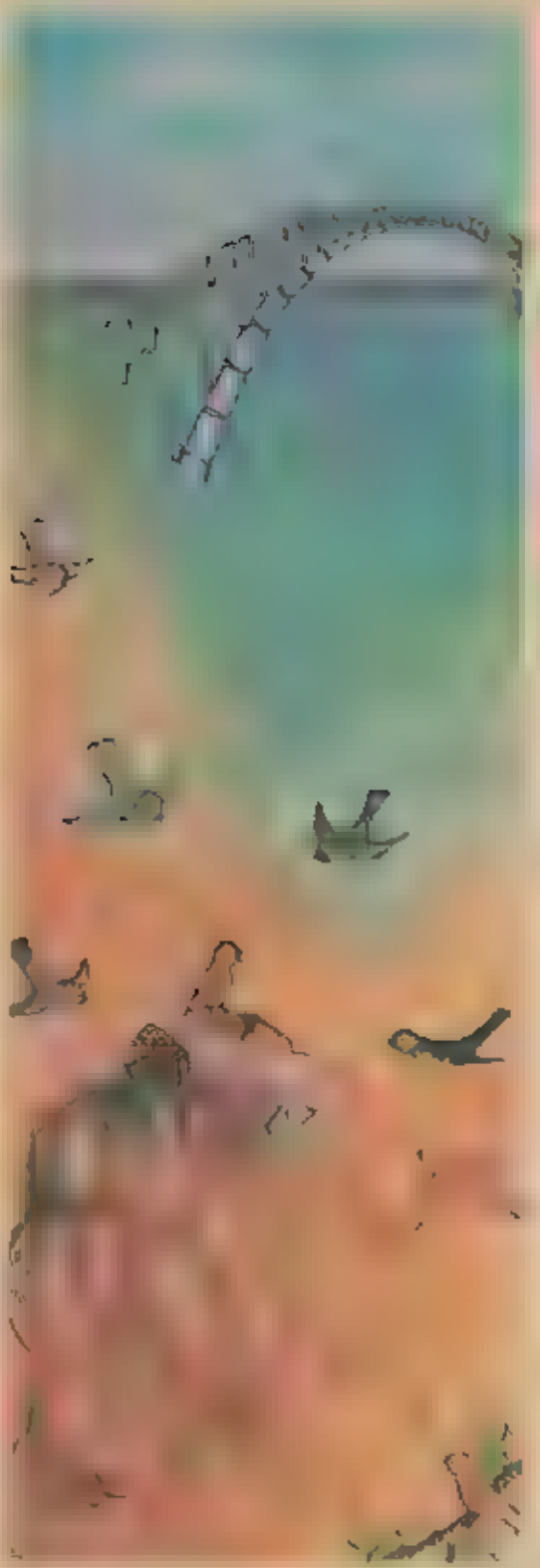
es un invento de alguien que quiere hacerme daño ¡Ay, ahora comprendo! Lo que pasa es que tengo la costumbre de divertirme a costa de mis amigos dando unos golpecitos especiales con los dedos sobre lo primero que tengo a mano, el brazo de un sillón, debajo de la tabla de la mesa... o cualquier cosa Me divierte verlos inquietos y alarmados, pero no puedo creer que mis golpecitos hayan podido ser interpretados como usted dice Por favor, si no me creen, vayan a mi casa y registrenla de cabo a rabo Ya verán que no tengo aparato de trasmision ni nada que se le parezca!

Todos los delincuentes saben mentir muy bien Mucho más los espias, cuidadosamente adiestrados para despistar a los contraespias De manera que el bromista fue sometido a penosos interrogatorios, toda clase de investigaciones y pruebas de laboratorios, hasta el "detector de mentiras". Sólo después de los más minuciosos examenes y porfiadas averiguaciones, lo dejaron libre

Cuando el gran especialista en golpecitos con los dedos regresó a su casa, su mujer —realmente disgustada y sorprendida de que no hubiera escarmentado— oyo otra vez el bendito repiqueteo con variaciones Pero esta vez no era una nueva muestra de habilidad, sino que al buen hombre le castaneteaban los dientes de susto y le temblaban rudosamente los nudillos apoyados en la mesa.

Ramón Gómez de la Serna
(adaptación de Carlos H. Magis)

María del Carmen



Que comienzo y que comienzo,
yo no quisiera empezar,
porque el que comienza acaba,
y yo no quiero acabar.
Mariquita, María,
María del Carmen,
préstame tu peineta
para peinarme.
Los pajarillos y yo
nos levantamos a un tiempo,
ellos a cantarle al alba,
y yo a llorar mi tormento.
Mariquita, María,
María del Carmen,
préstame tu peineta
para peinarme.
Yo quisiera, si pudiera,
ponerle puente a la mar,
para que la vida mía
dejara de navegar.

Mariquita, María,
María del Carmen,
préstame tu peineta
para peinarme.

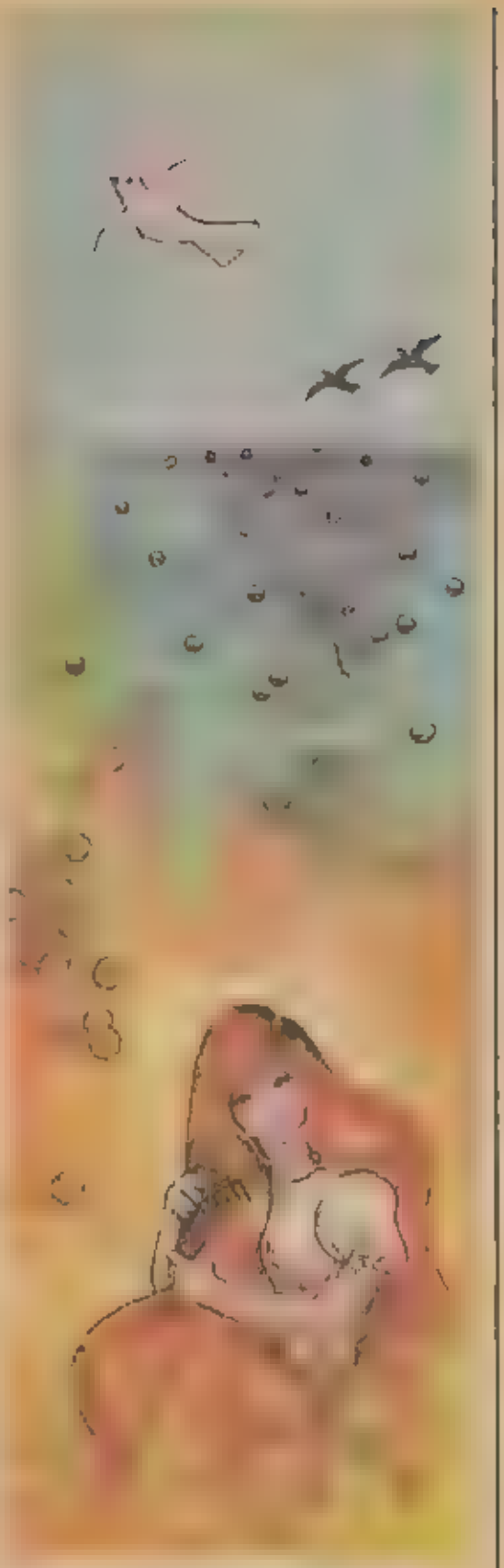
A la mar fui por naranjas,
cosa que la mar no tiene;
el que vive en la esperanza,
la esperanza lo mantiene.

Mariquita, María,
María del Carmen,
préstame tu peineta
para peinarme.

Voy a echar la despedida,
la que echó San Pedro en Roma:
Entre tantos gavilanes,
¡quién te comerá, paloma!

Mariquita, María,
María del Carmen,
préstame tu peineta
para peinarme.

Canción popular mexicana



El tren que camina al revés

¿Alguna vez has viajado de noche en un tren? Afuera esta todo oscuro. Tú tienes sueno; empiezas a dormitar De pronto sientes un sobresalto· ¡El tren esta caminando para atrás! Esta rodando, rodando rápidamente en direccion contraria a la que llevaba antes. ¡Está regresando a tu pueblo!

Pero ¿por qué las gentes que van en el tren estan tan tranquilas? ¿No se han dado cuenta? O quiza eres tú el que anda equivocado A lo mejor el tren está yendo hacia adelante. No, porque tú sientes clarísimo que camina hacia atras

De pronto se ven unas luces, el tren pasa junto a unas casas iluminadas Entonces ves que realmente va caminando para adelante ¡Uf! ¡Qué bueno! Te reclinas tranquilo en el asiento y miras por la ventana Ahora todo esta oscuro otra vez y el tren corre que te corre. Cierras los ojos y te pones a pensar ¡Qué chistoso que sintiera yo clarito que el tren iba al revés! ¿Y si trato de sentir otra vez lo mismo?

Haces un esfuerzo; como que cambias una palanquita dentro de tu cabeza. ¡Ya! Ya estás sintiendo en tu espalda que el tren va

para atrás! Sí, está corriendo, corriendo, corriendo en la otra dirección ¡Mejor no, mejor que vaya hacia donde tiene que ir! Hay que hacer otra vez un esfuerzo, hay que cambiar otra vez la palanquita.

Aprietas los ojos, inclinas el cuerpo hacia adelante y logras por fin cambiar nuevamente el rumbo del tren. ¡Qué alivio! Sí, vamos bien. Te rectinas en el asiento y te duermes tranquilamente. Si no has viajado de noche en un tren, quizá de todos modos te ha pasado lo mismo, en un camión, por ejemplo, o en un coche Y tampoco hace falta que esté oscuro. cualquier momento es bueno, con tal de que cierres bien los ojos y pongas todo tu empeño en imaginarte que vas al revés...

Margit Frenk Alatorre

Balada amarilla

En lo alto de aquel monte
hay un arbolito verde.

Pastor que vas,
pastor que vienes.

Olivares soñolientos
bajan al llano caliente.

Pastor que vas,
pastor que vienes.

Ni ovejas blancas ni perro
ni cayado ni amor tienes.

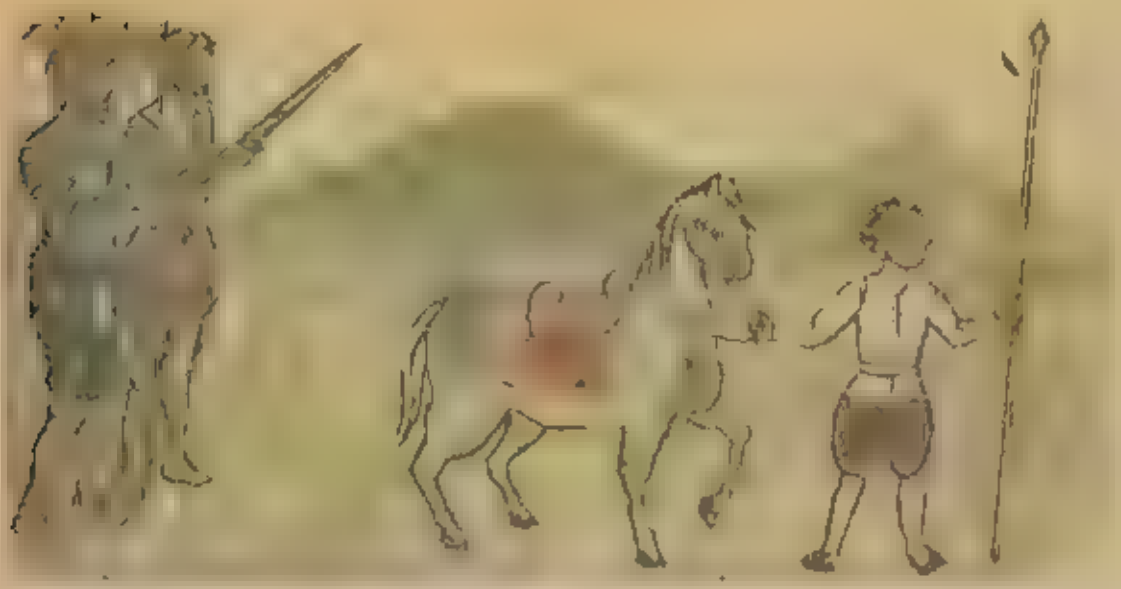
Pastor que vas.

Como una sombra de oro,
en el trigal te disuelves.

Pastor que vienes.

Federico García Lorca

El encuentro de Moctezuma y Cortés



Envié a vuestra alteza muy larga y particular relacion . " escribe Hernan Cortés a Carlos V, emperador de España, para darle cuenta de sus descubrimientos, de su admiracion por las nuevas tierras y de la ucha por adentrarse en ellas y conquistarlas en nombre de su rey y senor Por medio de estas cartas de relacion hemos podido reconstruir los pasos de la conquista y el choque de dos culturas la española y la indigena

Aquí relata su encuentro con Moctezuma II, gran rey de Tenochtitlán.

Ya junto a la ciudad está un puente de madera como de diez pasos de anchura, y por allí está abierta la calzada para que el agua pueda entrar y salir, y tambien sirve de fortaleza, porque quitan y ponen algunas vigas muy largas y anchas de que el dicho puente está hecho, todas las veces que quieren.

Pasado este puente nos salio a recibir aquel senor Moctezuma como con doscientos senores, todos vestidos con ropa muy lujosa a su uso Venian en dos procesiones, muy arrimados a las paredes de la calle, que es muy ancha, hermosa y derecha. El dicho Moctezuma venia por enmedio de la calle con dos señores, uno a su

derecha y otro a su izquierda, y cuando nos encontramos, yo me bajé y fui a abrazarlo solo, y aquellos dos senores que con él iban me detuv'eron con las manos para que no lo tocara, y luego los tres hicieron como que iban a besar la tierra, y entonces el dicho Moctezuma mando a uno de los que iban con el que me tomara del brazo, y él con el otro iba un corto trecho delante de mí.

Y después que él me habló, vinieron también todos los demás a hablarme, uno detrás de otro muy ordenadamente, y después volvían a su lugar en la procesion. Seguimos andando hasta llegar a una muy grande y hermosa casa que él tenia arreglada para aposentarnos. Y allí me tomó de la mano y me llevo a una gran sala que estaba junto al patio donde entramos, y me hizo sentar en un estrado muy adornado que había mandado hacer para él, y me dijo que allí lo esperara, y él se fue

Al poco rato, ya cuando todos mis soldados estaban aposentados, volvió con muchas joyas de oro, plata y plumajes y con cinco o seis mil piezas de ropa de algodon, muy hermosas y bien bordadas, y después de dármelas, se sentó en otro estrado cercano, y dijo Hace mucho tiempo, por medio de nuestras escrituras

y nuestros antepasados, sabemos que no somos naturales de estas tierras, que somos extranjeros, que hemos venido a ellas de lugares extranos, y tenemos noticia de que hace muchisimo tiempo llego a nuestras tierras un señor de quien todos eran vasallos, pero que volvio al lugar de donde habia venido, y siempre hemos pensado que sus descendientes habian de venir un dia a sojuzgar esta tierra y a nosotros, y como vienes de donde el Sol sale, creemos y tenemos por cierto que ese senor muy poderoso de que hablas es también nuestro senor natural, a quien obedeceremos y tendremos por señor."

Tambien dijo que no creyera mas que lo que veian mis ojos, y no lo que me contaran de el sus enemigos, que muchos de ellos eran sus vasallos que con mi llegada se habian rebelado

Se que te han dicho que mis casas tienen paredes de oro, decia, lo mismo que todos las cosas de mi servicio, y eso no es verdad. Ya ves que las casas son de piedra, cal y tierra, y mirame, yo no me hago dios, como te han contado, soy de carne y hueso como tu y cada uno de tus guerreros, soy mortal y palpable.

Cuando él se fue nos envaron muchas gallinas, pan y frutas y otras cosas necesarias, y asi estuve seis dias, muy bien provisto de todo lo necesario y visitado de muchos de aquellos señores

Hernán Cortés (fragmento)

Recuerdos de Iza (un pueblecito de los Andes)

Creerlase que la población,
después de recorrer el valle,
perdió la razón
y se trazó una sola calle.
Y así bajo la cordillera
se apostó febrilmente como la primavera

. . .

Sus mujeres y sus flores
hablan el dialecto de los colores,
y el riachuelo que corre como un caballo,
arrastra las gallinas en febrero y mayo

Pasan por la acera
lo mismo el cura, que la vaca y que la luz
postrera.

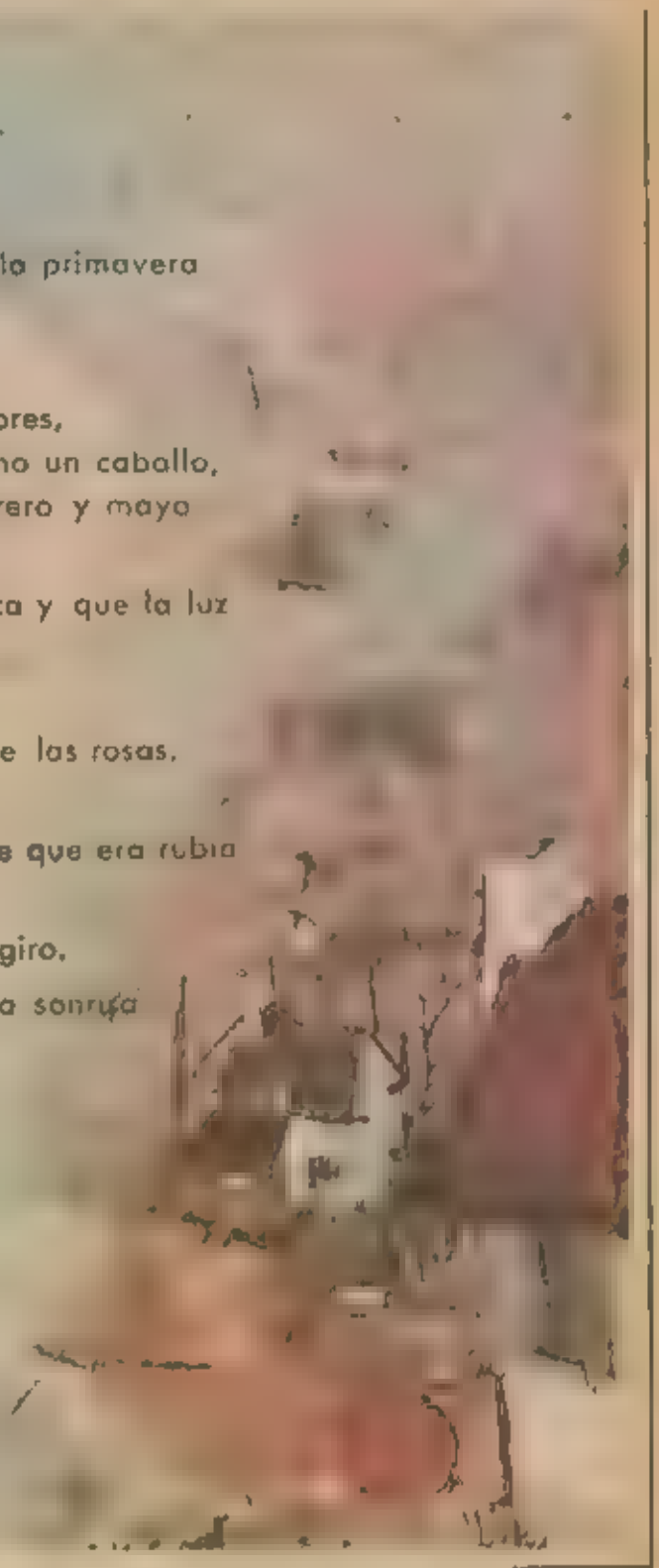
Aquí no suceden cosas
de mayor trascendencia que las rosas.

Como amenaza lluvia,
se ha vuelto morena la tarde que era rubia

Parece que la brisa
estrena un perfume y nuevo giro.

Un cantar me despliega una sonrisa
y me hunde un suspiro.

Carlos Pellicer (fragmento)



Los hijos del Sol

En la region de los Andes peruanos, cerca del valle del Cuzco, hay una colina llamada Tampu Tocco, que en lengua quechua —la lengua hablada por los pueblos muy antiguos de la zona Tihuanaco— quiere decir "Posada con nicho".

Cuenta una antigua leyenda india que en esta colina habia tres cavernas de las cuales surgieron los fundadores del imperio inca.

De la cueva central salieron los hijos del Sol Manco-Cápac, sus tres hermanos, Cachi, Ucho, Auca, y sus cinco hermanas De las cuevas laterales salieron los diez jefes de los primeros clanes con su gente.

Manco-Capac y sus hermanos, por ser de origen divino, se convirtieron en los jefes superiores de todos los clanes Como la region proxima a la colina Tampu-Tocco era muy árida e inhospitalaria, decidieron buscar un lugar más apropiado para instalarse.

El via,e duro varios anos, pues no era fácil encontrar un lugar habitable en plena montaña Durante la peregrinacion, Manco-Cápac d'o pronto muestra de ser el más prudente, sagaz y aguerrido de los cuatro varones Los clanes lo eligieron como el jefe supremo de toda la tribu.

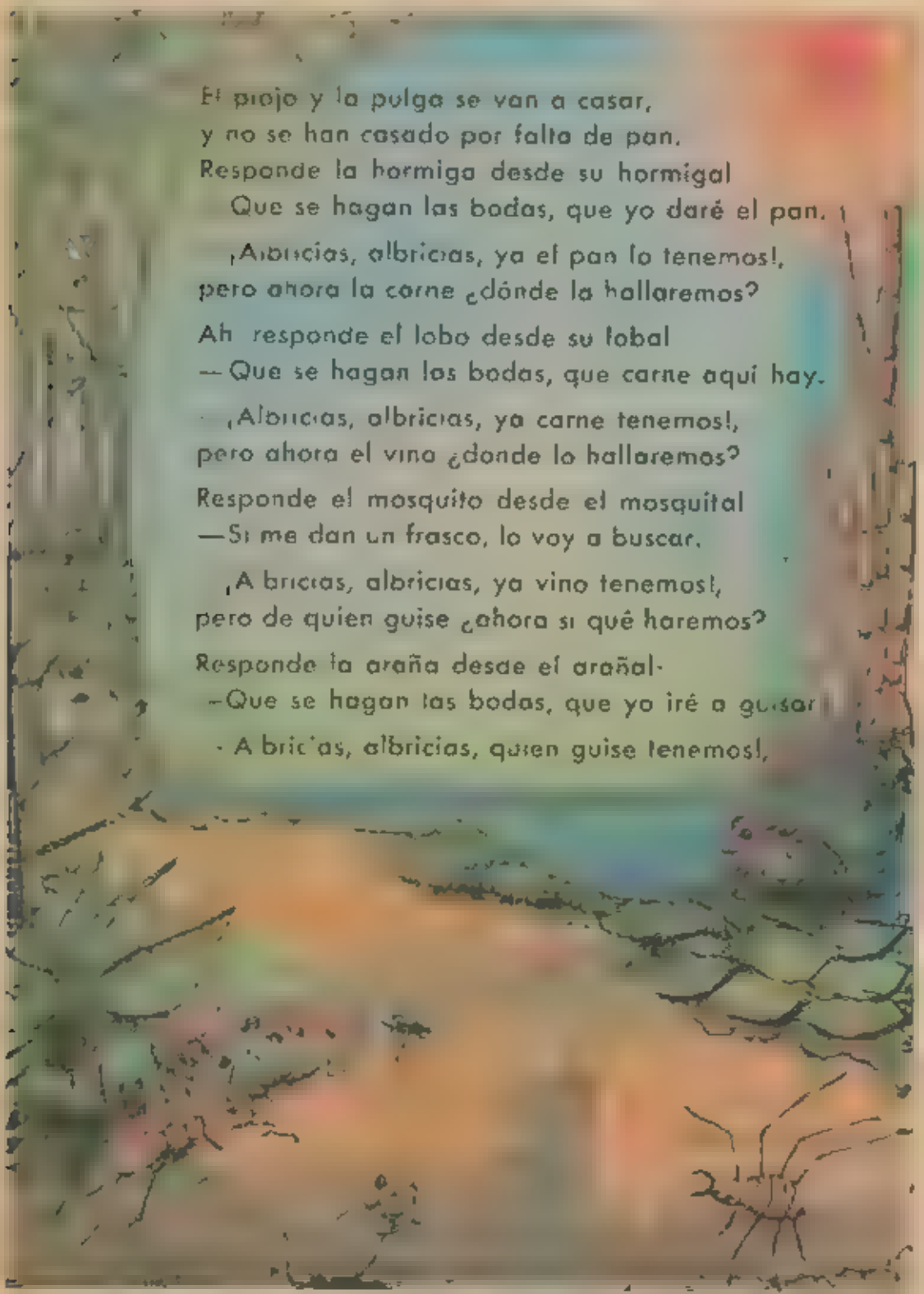
Cuando ya habían descendido bastante, fueron encontrando algunos valles ya habitados por otras tribus con las que trabaron amistad y convivieron algunas temporadas En esa época, Man-

co-Cápac eligió por esposa a Mama-Ocllo, doncella muy inteligente y hábil en las tareas domésticas. También por entonces Manco-Capac y el pueblo comprendieron que era muy difícil combinar los criterios sobre la forma de gobernar entre cuatro jefes. Manco-Cápac y el consejo de los jefes de clanes resolvieron dar a los otros hermanos misiones específicas segun su condicion divina. Cachi, el violento, debió volver a la gran caverna de Tampu-Tocco para conservar el fuego sagrado, desde entonces vive en la gran cueva como dios del fuego y los volcanes; Ucho, el audaz, quedó convertido en un ídolo, dios de la guerra en la colina de Huanacauri; Auca, magnánimo y prudente, fue elegido dios protector del pueblo.

Manco-Cápac y su pueblo siguieron después del peregrinaje hasta llegar al valle del Cuzco; el baston de oro del emperador les avisó que era un lugar fértil y al abrigo de los terribles huracanes andinos. El valle estaba ya ocupado por algunas tribus o grupos que pronto reconocieron la superioridad de los incas y se fundieron con ellos. Manco-Cápac y Mama-Ocllo enseñaron a todos los medios de vida más apropiados al terreno el cultivo del maíz y otros granos y el cuidado de la llama, el animal de más utilidad en esa zona. También les enseñaron como aprovechar los productos derivados de tas dos ocupaciones fundamentales. De este modo echaron las bases de un gran imperio, unieron a las tribus vecinas, más por el afán de progreso que por el uso de la fuerza, y fundaron Cuzco, capital del Imperio Inca o sea el de los hijos del Sol.

Leyenda incaica (versión de Carlos H. Magis)

El casamiento del piojo y la pulga



El piojo y la pulga se van a casar,
y no se han casado por falta de pan.
Responde la hormiga desde su hormigal
Que se hagan las bodas, que yo daré el pan.

¡Albricias, albricias, ya el pan lo tenemos!,
pero ahora la carne ¿dónde la hallaremos?

Ah responde el lobo desde su lobal
—Que se hagan las bodas, que carne aquí hay.

¡Albricias, albricias, ya carne tenemos!,
pero ahora el vino ¿donde lo hallaremos?

Responde el mosquito desde el mosquital
—Si me dan un frasco, lo voy a buscar.

¡A bricias, albricias, ya vino tenemos!,
pero de quien guise ¿ahora si qué haremos?

Responde la araña desde el arañal·
–Que se hagan las bodas, que yo iré a guisar

· A bric'as, albricias, quien guise tenemos!,

pero ahora quien cante ¿donde lo hallaremos?

Responde una rana desde su ranal:
—Que se hagan las bodas, que yo iré a cantar

—¡Albricias, albricias, quien cante tenemos!,
pero de quien baile ¿ahora sí qué haremos?

Responde una mona desde su nogal
—Hágase la boda, que yo iré a bailar

—¡Albricias, albricias, ya todo tenemos!,
sólo de madrina quién sabe qué haremos.

Responde la gata desde la cocina
—Que se hagan las bodas, yo seré madrina

—¡Albricias, albricias, madrina tenemos!,
pero ¿y el padrino dónde lo hallaremos?

Responde el ratón, como buen vecino
—Si amarran la gata, yo seré padrino

Se hicieron las bodas, hubo mucho vino,
se soltó la gata, se comió al padrino

Se soltó la gata, se comió al ratón,
¡Ay, qué mala suerte!, ¡Todo se acabó!

Canción popular mexicana

Cuento de los hermanos Martínez

Cuando nacio el mayor de los hermanos Martínez se agrió la leche en la olla y se cayo el primer chayote de la enredadera La tía Socorrito, a quien le gustaba hacer profecías, aprovechó el momento para decir:

—La leche agria y el chayote espinoso indican que este niño que acaba de nacer va a tener un carácter agrio y espinoso Es decir, va a ser insoportable.

Se equivocaba El niño nunca dio guerra y no lloró ni cuando le echaron el agua del bautismo Le pusieron Manuel y en adelante, todos los que lo conocieron lo llamaron Meme Martínez.

Cuando nacio el menor de los hermanos Martínez cantaron los pajaritos y el campo se lleno de flores La tia Socorrito profetizó:

—Este niño va a ser precioso, y tan simpatico que la gente va a pelearse por estar con él.

Los que la oyeron decir esto volfearon a donde estaba el recién nacido y lo vieron amoratado, abriendo la boca y llorando. Le pusieron Guillermo y le dijeron Memo.

La tía Socorrito habia vuelto a equivocarse Memo Martínez no

fue precioso sino enclenque, y nadie se peleo por estar con él porque siempre fue latoso Lloraba de hambre, lloraba de miedo y lloraba de envidia. Sus padres, con tal de no oirlo llorar y con esperanza de que se compusiera, le daban la naranja más grande y el bistec más jugoso.

Mientras Memo lloraba, Meme crecia sano y fuerte y aprendio a leer sin que nadie le enseñara Un dia, la tía Socorrito entró en el cuarto y lo encontro leyendo el periódico

—Este niño —profetizo la tía Socorrito— va a ser licenciado

Se habia equivocado otra vez Meme era tan bueno y en su casa lo querian tanto, que nadie se dio cuenta de que ya estaba en edad de ir a clases Pasó el tiempo y Meme entró en la escuela el mismo día que su hermano, que era tres años mas chico que él.

Al dejar a los dos niños en la puerta de la escuela el primer día de clases, la madre le dijo a Meme·

—Tú, que eres el mayor y el más fuerte, tienes obligación de cuidar a tu hermanito.

Meme obedeció al pie de la letra. No sólo defendía a su hermano cuando los ninos más grandes le querian pegar, sino que le ayudaba a repasar las lecciones y le hacia las tareas. Asi pasaron la primaría, y al llegar al fin del sexto año, Meme escribió

una composicion sobre los Niños Héroes y la mandó a un concurso, pero en vez de poner su nombre escribio, debajo del título, el de su hermano Guillermo Martínez.

La composición ganó el primer premio, que era una beca para estudiar la secundaria Así fue como los hermanos Martínez se separaron, Meme entro de aprendiz en la carpintería de su padre y fue carpintero toda la vida Memo, en cambio, se fue a estudiar en la ciudad de México, y a pesar de ser el más tonto de los dos, llegó a licenciado.

La manera en que Memo llegó a licenciado es la siguiente. De tanto comerse la naranja más grande y el bistec mas jugoso, se le quito lo enfermizo, fue creciendo y llego a ser un grandulón. Pero como además de grandote era envidioso, empezo a golpear a sus compañeros para quitarles lo que tenían y que a é le gustaba A uno le quitó el reloj, a otro la chamara, a otro el estuche de dibujo, y así sucesivamente hasta que llegó a ser conocido como "El terror de la Joseta Ortiz de Dom'nguez".

Una tarde, despues de clases, se juntaron en un salón de la escuela todos los estudiantes que hab an sido molestados por Memo Martínez y estuvieron discutiendo la manera de defenderse, de vengarse o de deshacerse de el. El estudiante Cabañas, que había perdido su estuche de dibujo, fue el que dio la solución: Entre todos deberían escribir un ensayo titulado "¿Por qué creo

en mi Patria?" y mandarlo a nombre de Memo Martínez, al concurso que ese año organizó una compañía de aviación El primer premio era "la vuelta al mundo de un estudiante". La idea fue aprobada, todos trabajaron mucho y el ensayo quedó tan bien que fue premiado.

Todos los estudiantes que habían sido víctimas de Memo Martínez, que eran más de cien, lo acompañaron al aeropuerto para despedirlo y nunca se oyó cantar "las golondrinas" con tanta alegría.

Memo Martínez estuvo fuera del país varios años y regresó licenciado en Economía. Tuvo muy buenos empleos y ganó mucho dinero. Pasaron los años y Memo fue tan famoso que fue nombrado hijo predilecto de su pueblo natal

Cuando regresó al pueblo a recibir las llaves de la ciudad, llegó en un coche muy elegante a la carpintería de su hermano y lo encontró cepillando una tabla. Los hermanos se quedaron mirando uno al otro durante un momento. No se habían visto en cuarenta años. Se abrazaron emocionados y después el hermano licenciado miró las manos encallecidas del carpintero por el cepillo y la tabla, y le dijo, con voz temblorosa:

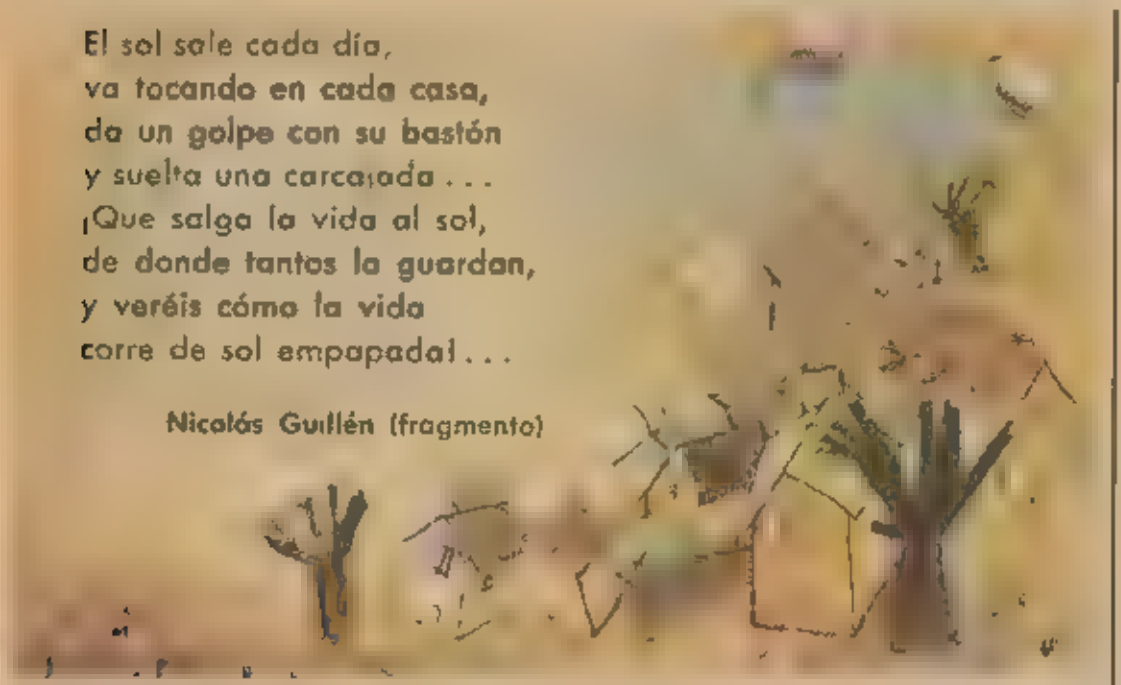
—No sabes cómo te envidio, Meme. Yo hubiera querido ser carpintero.

Jorge Ibarguengoitia

Amanecer

El sol sale cada día,
va tocando en cada casa,
da un golpe con su bastón
y suelta una carcajada . . .
¡Que salga la vida al sol,
de donde tantos la guardan,
y veréis cómo la vida
corre de sol empapada! . . .

Nicolás Guillén (fragmento)

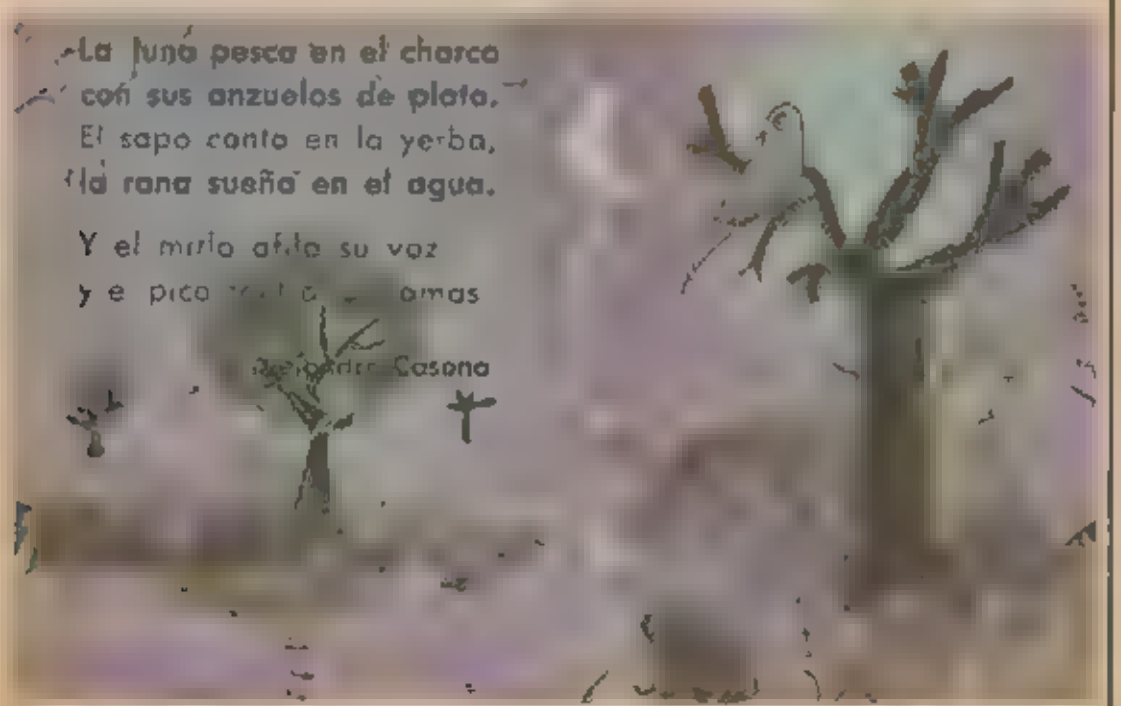


Encanto de luna y agua

La luna pesca en el charco
con sus anzuelos de plata.
El sapo canta en la yerba,
la rana sueña en el agua.

Y el mirlo afila su voz
y el pico [illegible] armas

[illegible] Casona



Cristóbal Colón

Hace casi medio milenio un joven marino llegó de Italia a Portugal en busca de ayuda para una gran empresa. Él decía llamarse Cristóforo Colombo, ahora lo conocemos como Cristóbal Colón. Este joven había navegado ya todos los mares conocidos hasta entonces, porque su vocación de marino era evidente desde su niñez. Le interesaba todo lo relacionado con embarcaciones y con el mar, y desde pequeño se había ganado la vida ayudando a su hermano Bartolomé a dibujar mapas y a construir esferas armilares; le encantaba ir a los muelles para ver como los marineros descargaban de sus veleros mercancías traídas de países lejanos monos, colmillos de elefantes, alfombras y sedas exóticas, y entonces se ponía a soñar que el también iba por el mar al encuentro de aquellas tierras que dibujaba en los mapas de su hermano, las que visitó Marco Polo en su aventurado viaje a Japón, China y la India.

Cuando estaba en casa, se pasaba horas y horas inclinado sobre un viejo mapa, que demostraba que la Tierra era redonda. Y

decía: "Si parto en línea recta de una playa del Occidente de Europa y navego hacia el Poniente, podría llegar al Asia mucho más rápido que los portugueses, que contornean el África, navegando hacia el Sur y luego hacia el Este. Mas sencillo sería dirigirse al Oeste desde Lisboa. ¿Por qué no intentarlo?"

Y hacía estudios y cálculos, pero cuando los contaba, nadie le hacía caso.

—¡Qué locura pretender cambiar la ruta de las Indias! —decían encogiéndose de hombros. Y le volvían la espalda. La verdad, creían que Colón estaba medio chiflado.

Pero Colón no se desanimaba, y a fuerza de insistir consiguió una entrevista con el rey don Juan de Portugal. Tampoco tuvo mucha suerte con el rey. También don Juan dudaba.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que Asia está cerca y al otro lado del Atlántico? —le decía.

—Porque he estudiado los antiguos mapas. Y si, como supongo, la Tierra es redonda, a fuerza tienen que existir tierras al otro lado del Atlántico. Si su majestad me confía la dirección de un barco hallaré las tierras que visitó Marco Polo, estoy seguro.

—Quizá tu idea sea buena .. —dijo el rey— quizá no. Reuniré a los sabios del reino y escucharemos sus consejos.

Pero después que los sabios oyeron las proposiciones de Colón dijeron que eso no era posible, que estaba loco si trataba

de cruzar el Atlántico en dirección contraria a la acostumbrada.

Colón salió del palacio muy desanimado, pero pensando que todavía en Europa había muchos reyes a quienes exponerles su proyecto. Aún quedaban, por ejemplo, Fernando e Isabel, reyes de España. Y a España se dirigió.

Cuando consiguió exponer sus teorías en palacio, el soberano pensó que la idea de Colón no estaba del todo mal, y la reina fue de la misma opinión Pero ¿cómo podrían los reyes ocuparse en equipar una expedición cuando la guerra contra los moros no les dejaba tiempo ni dinero para nada?

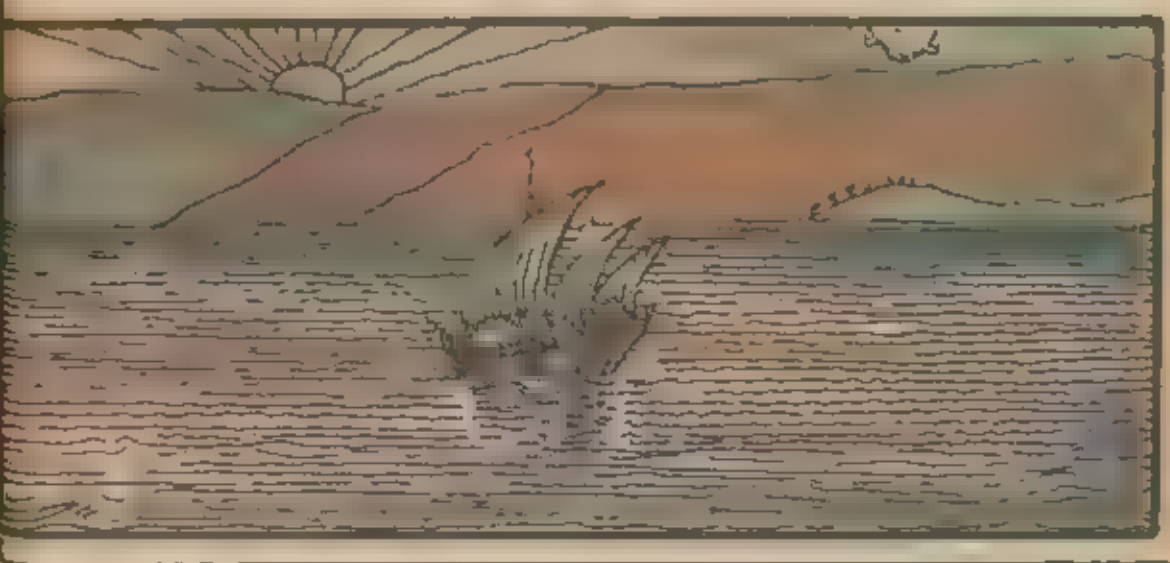
Como el rey de Portugal, los de España reunieron a los sabios del reino, y después de muchas deliberaciones, dijeron no a las proposiciones de Colón.

—Tal vez cuando se arroje a los moros de España podría tomarse en consideración ese proyecto. Aguarda, pues, y vuelve entonces —le dijeron.

—No puedo aguardar mas —contestó Colón—. Iré a ver al rey de Francia.

Pero la reina Isabel lo hizo llamar de nuevo. Había algo en aquel loco proyecto que la fascinaba. Por eso decidió que la expedición se hiciera patrocinada por los reyes de España. Ella, Isabel, empeñaría sus propias joyas, si era necesario . . .

Y así fue. Equipó Colón sus carabelas en el puerto de Palos, y en un amanecer de verano, en agosto de 1492, las tres carabe-



las desplegaron las velas adornadas con una gran cruz, y comenzaron a navegar por el Atlántico.

Por primera vez surcaban un mar desconocido, sin divisar tierra por ninguna parte. El azul de las aguas los rodeaba, y sus carabelas eran como cascaras de nuez enmedio de la inmensidad. Y los viejos marineros, hábiles y arriesgados, comenzaron a tener miedo, a hablar del viento del Este que soplaba sin cesar y que impedía variar el rumbo del buque; de las serpientes marinas, inmensas y voraces, que se tragaban las embarcaciones con todo y tripulacion; de que quizá no volverían jamás a España; de que no debieron aventurarse por el mar con un loco por capitán. A duras penas Colon alcanzaba a apaciguar a sus marineros, que ya pensaban arrojarlo al mar por la borda del buque.

—De nada sirven los lamentos ahora —les decía— Vamos en busca del Oriente por el Occidente, y con la ayuda de Dios llegaremos a donde me propongo y volveremos a España cargados de oro.

Los marineros, rezongando, volvían a sus puestos, pero por mas que sus ojos se fijaban en el horizonte, no lograban divisar tierra.

Así pasaron muchos días; de nuevo los hombres murmuraban contra Colón y el motín estaba a punto de estallar. Lo impidieron ciertos signos de que la tierra estaba cerca. Una noche se vio cruzar, volando por encima de las carabelas, una bandada de pájaros; cierta tarde los marineros vieron flotar unas cañas sobre el agua.

Sin embargo, no lograban divisar mas que agua y agua en el horizonte.

Volvía a rugir el motín, y los marineros más rebeldes hablaban otra vez de arrojar a su capitan al agua, cuando se oyo la voz del vigia de La Pinta, Rodrigo de Triana, que gritaba a todo pulmón:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Los marineros pensaron que era un espejismo, pero Colón, con gran tranquilidad, tomó el catalejo y dijo: "Aquello es tierra".

Pocos marineros pudieron dormir aquella noche; la mayor parte se quedó sobre cubierta, contemplando aquella tierra a la vista, preguntándose si a la mañana siguiente divisarían los techos dorados de los palacios orientales, o si era un mundo desconocido el que tenían enfrente.

Al amanecer, cuando comenzó a dis'parse la oscuridad, fue cobrando forma, lentamente, una pequeña is a; una fria y blanca playa, altas palmeras verdes, húmedas por el rocío de la madrugada. Había en ella calma y un gran si enc'o. Silenciosos también estaban los marineros asombrados, silenciosos y en suspenso. Silbo un pájaro oculto entre unos arbustos, y otros contestaron. Más tarde, algunos hombres de piel oscura, completamente desnudos, hablando una lengua desconocida, llegaron a la orilla del mar asombrados al ver los veleros que la noche les había ocultado.

Era el 12 de octubre de 1492. La primera playa de América se extendía ante los ojos de Cristóbal Colon.

El destierro del Cid

En la batalla de Zamora, en España, mataron a traición al buen rey Sancho el Fuerte.

Hereda el trono su hermano Alfonso.

Sancho el Fuerte era muy querido de sus vasallos, y más lo era del Cid Campeador, llamado Rodrigo D'az de Vivar.

En Santa Gadea, de la ciudad de Burgos, sobre un cerrojo de hierro y una ballesta de palo, el Cid toma juramento al nuevo rey de Castilla, y le dice:

Villanos te maten, rey,
que no guerreros hidalgos;
mátente en un despoblado
con los cuchillos mellados;
sáquente el corazón
vivo por el costado
si tú fuiste o consentiste
en la muerte de tu hermano.

Alfonso jura que nada tuvo que ver en la muerte de su hermano Sancho, y es aclamado rey de Castilla.

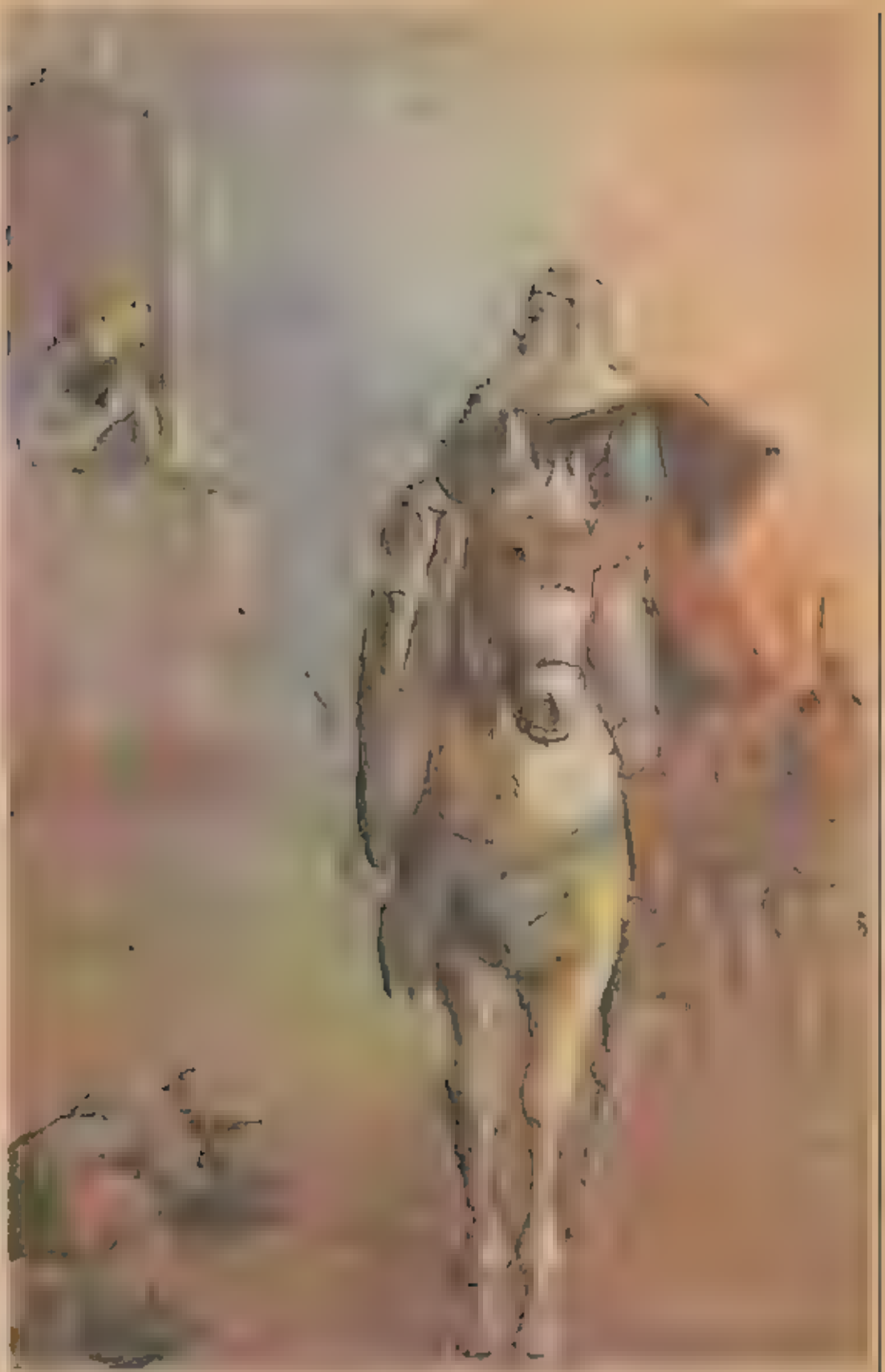
Después se vuelve muy enojado contra el Cid, y le dice:

—Mucho me has apretado, Rodrigo. El juramento fue duro, por eso saldrás de Castilla en un plazo de nueve d'as. También queda desterrado todo el que te sirva o acompañe. Vete de mis reinos, Cid. Pero iras solo; tu mujer y tus hijas quedaran aquí

En su casa de Vivar está Rodrigo. Lo acompañan unos cuantos amigos que se atreven a seguirla.

—Somos pocos, pero firmes Jamás te abandonaremos. Contigo gastaremos nuestros caballos, nuestro dinero y vestidos. Te seguiremos como leales vasallos —le d'ce su primo hermano Alvar Fáñez de Minaya.

Así sale el Cid de las tierras de Vivar, y se encamina hacia Burgos. Mira hacia atrás y sus ojos se llenan de lágrimas Queda su casa con las puertas abiertas, vacía y triste.



Cuando atraviesa la ciudad de Burgos lleva sesenta caballeros con el, cada uno con su pendon Ninos, hombres y mujeres se asoman a las ventanas para verlo pasar, y dicen por lo bajo Que buen vasallo seria si tuviera buen señor " De buena gana lo invitarian a pasar para que descansara un poco, le darian agua y pan, y le prepararían una buena cama. Pero el rey lo ha prohibido con penas muy severas.

El Cid llega a la posada donde siempre paraba. Llama a la puerta pero nadie contesta Llama otra vez a gritos, y golpea la puerta con la empuñadura de su espada Tienen hambre y mucha sed Han caminado todo el dia por las asoleadas y desérticas tierras de Castilla. En eso se abre la puerta y una niña de nueve años, le habla llorosa:

—Campeador, no podemos darte asilo. El rey lo ha prohibido Si lo hiciéramos el rey nos quitaría nuestra casa y nuestras tierras, y nos sacaria los ojos de la cara Nada ganas con esto, Campeador. Sigue adelante y que Dios te bendiga.

El Cid comprende el llanto de la niña.

Triste está su corazon cuando atraviesa la ciudad El rey también ha prohibido que se le vendan alimentos. Pero Martin Antolinez, el leal burgalés, no le tiene miedo al rey Él les da pan y vino, y se une a ellos.

Se cumplen los nueve dias del plazo Castilla se acaba ya

La primera noche que el Cid duerme fuera de su tierra, en sueños oye una voz que le dice:

Cabalga, buen Cid, cabalga,
cabalga, Campeador,
que nunca tan en buena hora
ha cabalgado varón.
Bien irán las cosas tuyas
mientras vida te dé Dios.

Alejandro Casona (adaptacion de Armida de la Vara)

El jilguero

En la llama del verano
que ondula con los trigales,
sus regocijos triunfales
canta el jilguerillo ufano.

Canta, y al son peregrino
de su garganta amarilla,
trigo nuevo de la trilla
tritura el vidrio del trino.

Y con repentino vuelo
que lo arrebata, canoro,
como una pavesa de oro
cruza la gloria del cielo.

Leopoldo Lugones

El Principito y yo

Cuando era pequeño me encantaban los relatos sobre la vida de los animales extraños que viven en lugares casi desconocidos. Me gustaban tanto, que una vez —tendría entonces unos seis años— quise dibujar una boa; pero mi dibujo no tuvo el éxito que yo esperaba. Nadie lo entendió y hasta hubo quien se burló de mis pretensiones de ser pintor. Ante semejante fracaso decidí hacerme aviador: de ese modo podría viajar a mi antojo por el mundo y ver con mis propios ojos esos fabulosos animales. He cumplido este último propósito y he viajado mucho; en mi vida de explorador no me han faltado emociones ni aventuras. Hoy quiero contarles la más extraordinaria de todas.

Hace más de seis años iba en mi avioneta cruzando el Sahara cuando de pronto el motor empezó a fallar y debí aterrizar en pleno desierto. Al revisar el motor vi que la avería era bastante seria y sentí entonces —quizás por primera vez en mi vida— un terrible desamparo y un miedo enorme: no llevaba conmigo ni las refacciones, ni las herramientas necesarias para reparar el motor y, para colmo de males, la comida y el agua potable que llevaba sólo podrían alcanzar para una semana, a lo sumo.

Entretanto ya había oscurecido. Decidí pasar la noche sobre la arena, cerca de mi avioneta, y buscar al día siguiente, con más

calma, la manera de salir o flote de mi angustiosa situacion. En realidad la preocupacion no me dejo pegar los ojos hasta que el cansancio me venció cerca del amanecer Imaginense, pues, mi sorpresa cuando entre suenos me pareció oír una extraña vocecita que decia:

—Por favor . . . dibújame un cordero.

Me paré de un salto frotándome los ojos por si se trataba de un sueño. Pero no, ahi estaba, enfrente de mi, un extraño personaje Yo no podía salir de mi asombro mi visitante vestia un traje estrafalario, solo semejante a los que recordaba haber visto en mis viejos libros de cuentos, y no parecía una persona extraviada en el desierto —como lo estaba yo— pues no daba muestras ni de tener sed o hambre, ni de tener miedo -como el que yo sufría—. Ademas, si a primera vista me parecio un hombre pequeñito, inmediatamente la viveza de los ojos y su carita ingenua me hicieron ver que se trataba de un chiquillo

Cuando al fin pude hablar, le pregunté quien era y qué estaba haciendo solo en medio del desierto. El muchachito, como si no me hubiera oido, repitió muy serio:

—Por favor, dibujame un cordero

Aturdido como estaba con tantas peripecias, saqué de mi mochila un lapiz y unas hojas de papel casi sin pensarlo; pero en seguida recordé que después de mi fallida experiencia infantil no

había vuelto a dibujar nada, y que no sabía ni por dónde empezar. Así se lo dije a mi visitante, pero el chiquillo sin darle importancia a mi advertencia, insistió tranquilamente:

—Eso no importa, dibújame un cordero

En otras circunstancias me habría negado, pero en ese momento no era del todo dueño de mis actos, y traté de complacerlo, pero sólo atiné a repetir mi dibujo infantil el de la boa muy panzona porque se había tragado un elefante, con el cual empezo y termino mi carrera de pintor ¡Entonces sí que mi sorpresa no tuvo límites! Al entregarle mi dibujo, el chiquillo me reprochó:

¡No te he pedido un elefante dentro de una boa! La boa es peligrosa y el elefante me dará mucha lata porque en mi país todo es muy pequeño . ¡Lo que quiero es un cordero!

Desde ese instante ya nada podía sorprenderme· ¡Mi extraño visitante era la única persona que había sabido interpretar aquel dibujo que me costó tantas lagrimas! De inmediato el chiquillo se ganó mi simpatía y agradecimiento, me curó el mal humor y hasta consiguió que me olvidara, al menos por un rato, de mis angustias Entonces puse todo mi empeño en complacerlo e intenté dibujar el cordero que me pedía. Todo fue inútil, el chiquillo miraba mis garabatos, sonreía con indulgencia y los rechazaba siempre con alguna objecion. el primero porque estaba flaco y

parecía muy enfermo . . , el segundo porque tenía unos cuernotes que más parecía un carnero , éste por una cosa, aquél por otra, y así todos. Ya desalentado, se me ocurrió una inocente broma: hice un dibujo geométrico muy simple, y al entregárselo traté de justificarme diciéndole:

—Es una caja; el cordero que quieres está adentro Los agujeros son para que pueda respirar.

¡Jamás pensé que mi treta diera el resultado que dio! El muchachito vio mi dibujo y los ojos se le pus'eron brillantes, después exclamó con insospechada alegría:

—¡Por fin!, esto es precisamente lo que quería

Luego se puso algo serio y dijo muy preocupado:

—Pero . . . , oye, ¿necesitará mucha hierba mi corderito?

—¿Por qué me lo preguntas? —repliqué intrigado.

—Porque en mi planeta todo es muy pequeño, me contestó.

Sin prestar atención en ese momento a lo de 'en mi planeta", le aseguré que habría hierba suficiente, pues yo hab'a dibujado un cordero muy pequeño El chiquillo inclinó su cabeza para mirar nuevamente el dibujo y murmuró como si hablara consigo mismo·

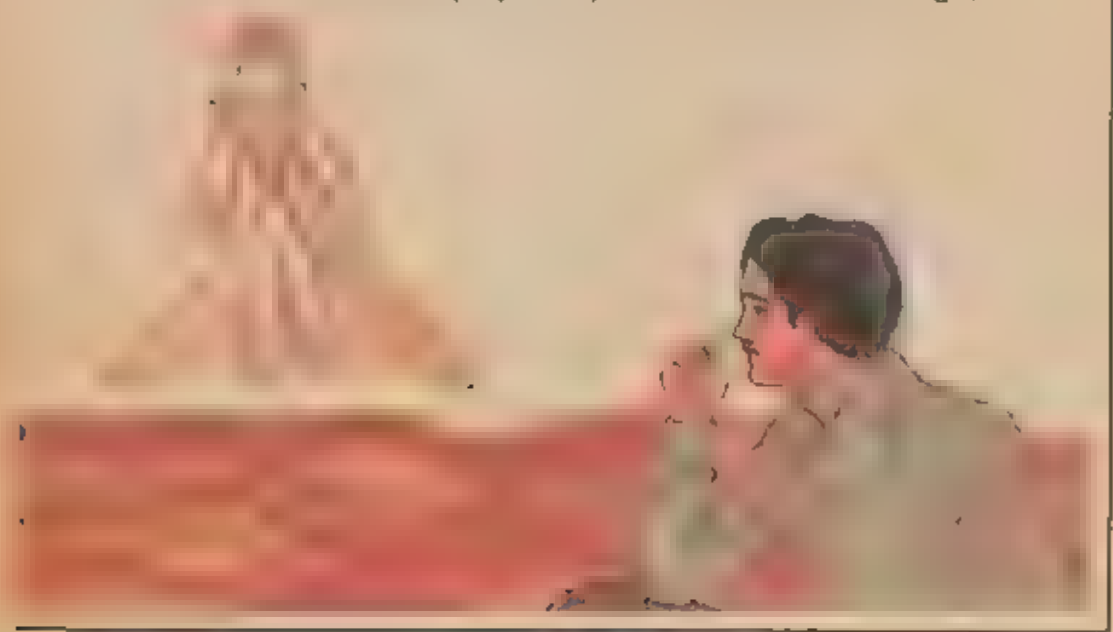
—¡Ni tan pequeño! . . . ¡Eh, mira, se ha dormido!

Así fue como conocí al Principito. ¡Principito, sí! Ese chiquillo que se me apareció en la situación más angustiosa de mi vida, y del cual ustedes ya conocen algunas anécdotas, es el hijo del rey de un lejano, pequeño y raro planeta. Necesité algún tiempo para conocer su historia, y esto a fuerza de paciencia para ir juntando algunas palabras y frases sueltas entre las peripecias que me iba contando. Así, poco a poco, fui conociendo su vida y sus aventuras, al mismo tiempo que iba creciendo nuestra amistad.

Nunca más he vuelto a verlo. Desapareció, tan misteriosamente como había llegado, la víspera del día en que mis amigos lograron encontrarme y me salvaron de una muerte segura. Cuando desapareció me puse muy triste; después, al ver llegar a mis compañeros, comprendí claramente que el Principito se me había aparecido sólo para acompañarme en mi triste situación, para que pudiera soportar sin volverme loco el desamparo en el desierto inmenso, la sed, el hambre y el miedo.

Nunca más he vuelto a verlo, pero no he podido olvidarlo. Tampoco he olvidado sus pláticas, que me enseñaron a ser más feliz. Por eso mismo he querido que también sea amigo de todos ustedes. Ya he contado algunas de sus aventuras; ahora ya saben quién es.

Antoine de Saint-Exupéry (adaptación de Carlos H. Magis)



Oda del albañil tranquilo

El albañil
dispuso
los ladrillos.

Mezcló la cal, trabajó
con arena

Sin prisa, sin palabras.
hizo sus movimientos
alzando la escalera,
nivelando
el cemento.

Hombros redondos, cejas
sobre unos ojos
serios.

Pausado iba y venía
en su trabajo
y de su mano
la materia
crecía.

La cal cubrió los muros,
una columna
elevó su linaje,

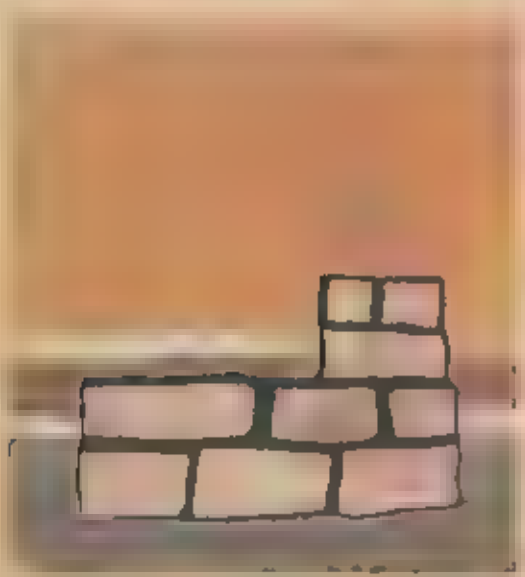
los techos
impidieron la furia
del sol exasperado.

De un lado a otro iba
con
tranquilas manos
el albañil
moviendo
materiales.

Y al fin
de
la semana,
las columnas, el
arco,
hijos de
cal, arena,
sabiduría y manos,
inauguraron
la sencilla firmeza
y la frescura.

¡Ay, qué lección
me dio con su trabajo
el albañil tranquilo!

Pablo Neruda



Hidalgo

Desde niño fue Hidalgo de la raza buena. Muy temprano leyó libros donde se explicaba el derecho que tiene el hombre a ser honrado y a pensar y a hablar sin hipocresía.

Vio a los negros esclavos y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios que son tan mansos y generosos y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio

aprende bien la música que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. Tenía fuego en sí y le gustaba fabricar, hizo hornos para cocer ladrillos

Todos decían que hablaba muy bien y que sabía mucho el cura de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez, a hablar con un grupo de valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre.

El cura montó a caballo, y lo siguió todo su pueblo que lo quería como a su corazón. Se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería, los indios iban a pie con palos y flechas o con hondas y lanzas Entro triunfante en Celaya, con música y vivas Al otro día juntó al Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer.

Él fabrico lanzas y granadas de mano. El dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Declaró libres a los negros y les devolvió sus tierras a los indios; él publicó un periódico que llamó 'El despertador americano".

Ganó y perdio batallas. Un dia se le juntaban siete mil hombres y otro dia lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Pero él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla, los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande!

Se atrevio a ser magnánimo sin miedo a que lo abandonara la soldadesca, que quería fuera cruel.

Iban juntos Allende y él buscando amparo en su derrota, cuando los españoles les cayeron encima. Lo fusilaron una mañana, y su cabeza estuvo expuesta en una jaula, en la Alhóndiga de Granaditas donde estuvo su gobierno.

Pero México es libre.

José Martí (fragmento)

Bolívar

Fue un hombre verdaderamente extraordinario Vivió entre llamas, y lo era.

Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en el mundo, y por la cumbre, enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde.

Su gloria lo circunda, inflama y arrebata ¿No es vencer el sello de la divinidad? Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza Ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador

con las banderas de la tirania: habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas, en el Potosi, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las obras mas barbaras y tenaces de la historia humana. Como el sol llegan a creerlo, por lo que deshiela y fecunda y por lo que ilumina y abrasa.

Muere él en Santa Marta, pero permanece en el cielo de América con el inca al lado y el haz de banderas a los pies, calzados las botas de campaña, porque lo que él no dejo hecho, sin hacer está hoy, ¡porque Bolívar tiene qué hacer en América todavía!

Gabriela Mistral (fragmento)

San Martín

San Martín fue el libertador del Sur, el padre de la Republica Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran espanoles y a él lo mandaron a España para que fuera militar del rey.

Hablaba poco, parecía de acero, miraba como un águila; nadie lo desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea, como el rayo por el aire.

En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera, si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos; levantó un escuadrón de caballería y en San Lorenzo fue su primera bata-

lla sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

Hay hombres que no pueden ver la esclavitud. San Martín no podía, y por eso se fue a libertar a Chile y a Perú. En sólo dieciocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fieros. Iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba; los torrentes rugían como leones. San Martín encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chacabuco; libera a Chile.

Esos son heroes. los que pelean para hacer pueblos libres a los que padecen pobreza y desgracia por defender una gran verdad.

José Martí (fragmento)

Romance de la doncella guerrera

El padre
La hija (o don Martín)
La madre
El príncipe
La reina
El rey
Un narrador

El padre:

—Pregonadas son las guerras
de Francia con Aragón,
¡cómo las haré yo, triste,
viejo, cano y pecador!
¡Oh maldita suerte mía,
yo te echo mi maldición:
que me diste siete hijas,
y no me diste un varón!

Un narrador:

—Ahí habló la más chiquita,
en razones la mayor:

La hija:

—No maldigáis a la suerte,
que a la guerra iré por vos;
me daréis las vuestras armas,
vuestro caballo trotón.

El padre:

—Conoceránte en los ojos,
hija, que muy bellos son.

La hija:

—Yo los bajaré a la tierra
cuando pase algún varón.

El padre:

—Conoceránte en los pies,
que muy menuditos son.

La hija:

—Pondréme las vuestras botas,
bien rellenas de algodón.

El padre:

—Conoceránte en los pechos,
que asoman bajo el jubón.

La hija:

—Yo los apretaré, padre,
al par de mi corazón.

El padre:

—Tienes las manos muy blancas,
hija, no son de varón.

La hija:

—Yo les quitaré los guantes,
para que las queme el sol.

Un narrador:

—Al despedirse de todos,
se le olvida lo mejor:

La hija:

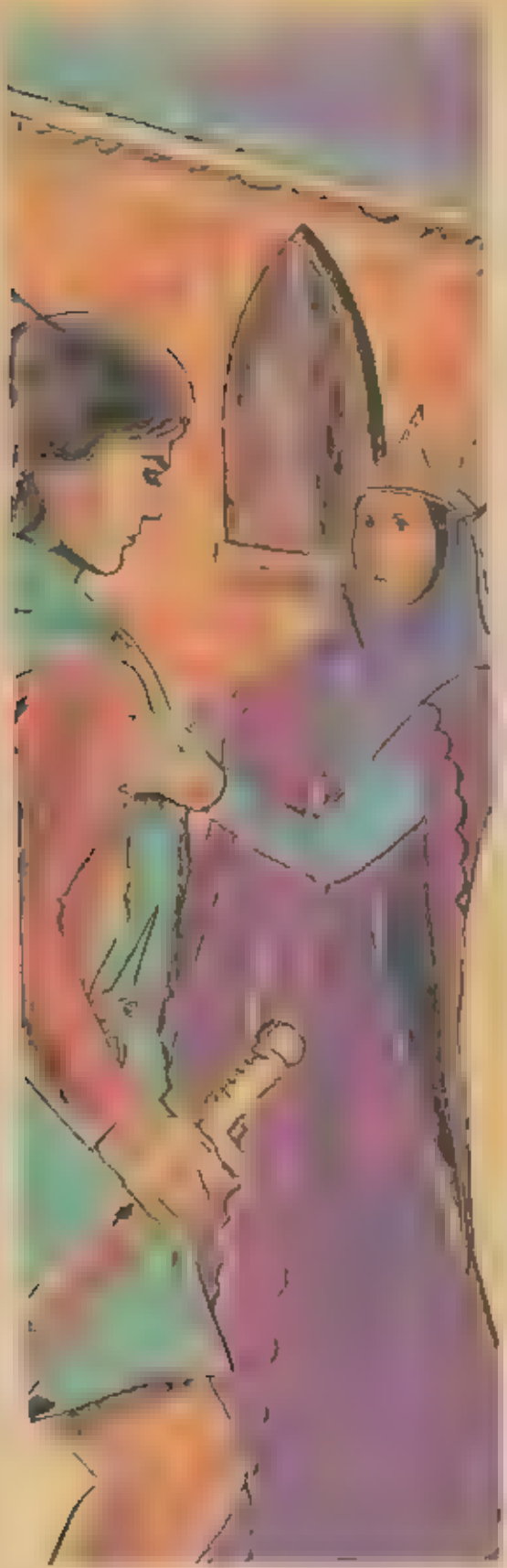
—¿Cómo me he de llamar, padre,
cómo me he de llamar yo?

El padre:

—Don Martinos, hija mía,
que es como me llamo yo.

Un narrador:

—Dos años anduvo en guerra,
y nadie la conoció,
si no fue el hijo del rey,
que de ella se enamoró.



El príncipe:

—Herido vengo, mi madre,
de amores me muero yo,
los ojos de don Martín
son de mujer, de hombre no.

La reina:

—Convídalo tú, mi hijo,
a las tiendas a comprar;
si don Martín es mujer,
corales querrá llevar.

Un narrador:

—Don Martín, como entendido,
a mirar las armas va.

Don Martín:

—¡Qué rico puñal es éste
para con moros pelear!

El príncipe:

—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
roban el alma al mirar.

La reina:

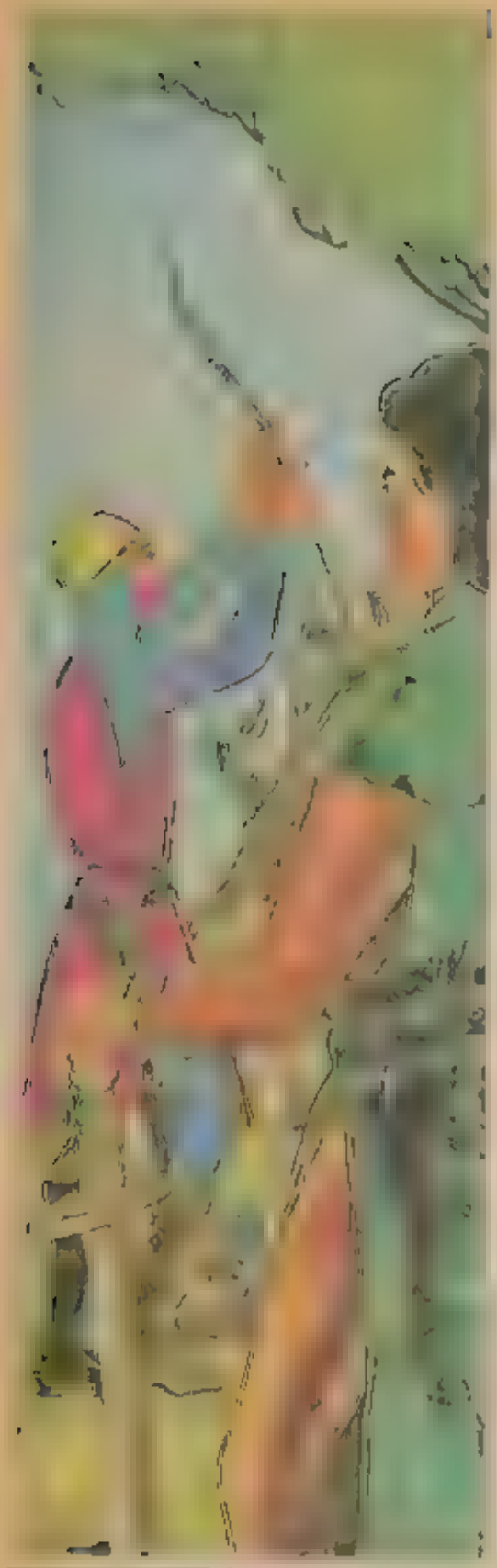
—Llevaráslo tú, hijo mío,
a la huerta a descansar;
si don Martín es mujer,
a los almendros irá.

Un narrador:

—Don Martín no ve las flores,
una vara va a cortar

Don Martín:

—¡Oh, qué varita de fresno
para el caballo arrear!



El príncipe:

—Herido vengo, mi madre,
amores me han de matar;
los ojos de don Martín
nunca los puedo olvidar.

La reina:

—Convídalo tú, mi hijo,
a los baños a nadar;
si el caballero no es hombre,
se tendrá que acobardar.

Un narrador:

—Todos se están desnudando,
don Martín muy triste está.

Don Martín:

—Cartas me fueron venidas,
cartas de grande pesar,
que se halla el conde mi padre
enfermo para finar;
licencia le pido al rey
para irle a visitar.

El rey

—Don Martín, esa licencia
no te la quiero negar.

Un narrador:

—Ensilla el caballo blanco,
de un salto se va a montar,
por unas vegas arriba
corre como un gavilán.

La hija:

—¡Adiós, adiós, el buen rey,
y tu palacio real,
que dos años te serví
como doncella leal,
y otros tantos te sirviera,
si no fuera al desnudar.

Un narrador:

—Óyelo el hijo del rey
de altas torres donde está,
revienta siete caballos
para poderla alcanzar.

La hija:

—¡Corre, corre, hijo del rey,
que no me habrás de alcanzar
hasta en casa de mi padre,
si quieres irme a buscar!...
Campanitas de mi iglesia,
ya os oigo repicar;
puentecito de mi pueblo,
ahora te vuelvo a pasar.
¡Abra las puertas, mi padre,
ábralas de par en par!
¡Madre, sáqueme la rueca,
que traigo ganas de hilar,
que las armas y el caballo
bien los supe manejar!

La madre:

—¡Abre las puertas, Martinos,
y no te pongas a hilar!
Ya están aquí tus amores,
los que te van a llevar.

La culebra

Todo el día en San Miguel Tejocote se oye el cocorocó de las gallinas, el co'nc coinc de los puercos y el ¡¡¡ay ¡¡¡ay de los burros Pero no siempre fue así. Antes, en San Miguel Tejocote las gentes y los animales hablaban el mismo idioma. Creo que entonces todos los días eran como una fiesta en donde todos hablan a la vez.

¿No sería rebueno —dijo un niño a don Paciano, el carbonero— que yo pudiera hablar con chichiton, el perro, o miztón, la gata, o hasta con los animales del bosque, tochtli, el conejo, o mozatl, el venadito que todas las tardes baja a beber agua? ¿No sería rebueno eso?

—Sí, porque aprenderías mucho de ellos —le dijo don Paciano—. Cuando hablaban con los animales, los niños eran más listos que ahora. Entonces, por ejemplo, los niños no pedían dinero a cambio de alguna ayuda; no se ponían exigentes ni caprichudos Coatl, la culebra, les enseñó eso a las gentes.

—¿La culebra?

—Esa mera —dijo don Paciano—, y les voy a contar como estuvo la cosa. Sucedió que un campesino araba su tierrita, cuando oyó que alguien gritaba desde la otra orilla de su milpa. "¡Auxilio! ¡Auxilioooooooo!" decía la voz con desesperación. Y allí va

el campesino, muy compadecido, para ver lo que pasaba Y va viendo una culebra aplastada por un tronco caído.

—Ayudame, por favor —dijo la culebra — Si nadie me saca de aquí moriré de hambre y de sed.

El hombre levantó el tronco y salió la culebra. Removió su largo cuerpo, se sacudió las astillitas del tronco y dijo·

—¡Ay, qué bueno! y ahora te voy a comer.

—¡Cómo! —dijo el campesino—. ¡Si acabo de salvarte la vida!

—"Mesmamente" por eso te voy a comer —dijo la culebra— porque como dice el dicho· El bien que se hace con el mal se paga

—¡Ayyy, no! — dijo el hombre—. Estás completamente equivocada. El bien que se hace con el bien se paga Y la culebra contestó:

—¡No, nunca es así! y te lo voy a demostrar. Vamos a preguntarle a tres animales. Si los tres me dan la razon, te como sin remedio.

Convenidos en esto, encontraron un burro.

—Amigo burro —le dijo el hombre—, yo salvé a esta culebra cuando estaba atrapada por un tronco, y ahora quiere comerme, porque ella dice que el bien que se hace con el mal se paga. ¿Crees tú que ella tiene razón?

El burro masca y masca un poco de pasto y al fin dice·

—La culebra tiene razón. Yo he trabajado toda mi vida para los hombres. Menos mal que todavía estoy fuerte, pero deja que me ponga viejo, y con toda seguridad me matarán para aprovechar mi cuero. Como si lo viera. Por eso el bien que se hace, con el mal se paga Al menos así pasa con nosotros los burros.

—¿Ya viste? dijo la culebra—. ¿Para qué nos dilatamos? Mejor te como de una vez.

—¡Ay, no! —gritó el campesino—. Todavía quedan dos para preguntarles.

Se fueron y encontraron una gallina. Y el hombre le dijo:

—Amiga pollita, yo saqué a esta culebra de abajo de un tronco, y ahora me quiere comer. Dice que el bien que se hace con el mal se paga Estoy segura de que tú también piensas que está equivocada. ¡Díselo, por favor!

—¡Ajá! —dijo la gallina—. ¡Así es "mesmamente"! Yo pongo mi huevo todos los días para que la gente se lo coma. El día que no lo ponga, hasta la olla del caldo voy a dar. Y eso no es justo. Por eso yo pienso que el bien que se hace con el mal se paga. Por lo menos así es para las gallinas.

Al oír esto la culebra saltó y se puso enfrente del pobre hombre, y le gritó:

—¿No te lo dije? De veras que te estás poniendo necio. Podemos terminar este asunto de una vez

—¡No, no! —grito el hombre—. Me debes otra oportunidad más Acuérdate del trato.

Después de alegar bastante, se fueron en busca de otro animal. Ya la culebra estaba pero bien confiada de que se iba a comer al hombre De pronto se encontraron con un coyote El hombre le gritó:

—Amigo coyote, amigo coyote, necesitamos que decidas en un caso muy serio que traemos entre la culebra y yo.

—Haré lo que pueda —dijo el coyote.

Entonces empieza el hombre:

—Esta culebra dice que el bien que se hace con el mal se paga, pero yo digo que el bien que se hace con el bien se pago

—De eso ¿cómo lo voy a saber yo? —dijo el coyote—. Todo mundo sabe que un coyote nunca hace un bien.

-Tienes que juzgar a fuerzas —exigió la culebra, mientras lo miraba con ojos feroces—. Yo tengo hambre.

—Se lo explico para que lo entienda -le dijo el hombre—. Yo alcé un tronco de encima de la culebra. Ahora dice que me tiene que comer.

—Sí —dijo la culebra—, todos saben que el bien se paga con mal.

—A mí me parece que los dos se están adelantando —dijo el coyote—. Antes de juzgar hay que saber si el hombre de veras hizo algún bien. Alzó un tronco. Bueno, pero eso, ¿qué quiere decir? Si la culebra se puede zafar de casi cualquier lado...

—No —dijo la culebra—. Me tenía bien apretada. Si no fuera por este buen hombre, seguro que yo me hubiera muerto. Por eso me urge comérmelo.

El coyote sacudió la cabeza.

—La cosa es seria —dijo—. Tendré que verlo todo.

Los tres regresaron a donde estaba el tronco.

—Yo estaba debajo de esto —dijo la culebra

—¿Cómo estaba acostada? —preguntó el coyote.

La culebra se puso nuevamente como estaba cuando la encontró el campesino.

—¿Y el tronco? —preguntó el coyote al hombre—. ¿Dónde se hallaba? Lo tendrás que poner otra vez para que lo pueda ver

El hombre levantó el troncote ese y lo encimó de nuevo sobre la culebra, para que no se escapara.

—¿Estás segura que no te puedes zafar de ahí? —le preguntó el coyote a la culebra La culebra se sacudió como un perro mojado. Luego se torció como molinillo. Despues se hinchó como gusano asustado. Nada le sirvió.

—No —dijo—. No puedo moverme ni un tantito.

—Bueno —dijo el coyote—. Ahora estás de nuevo como al principio El hombre ha deshecho todo el bien que hizo. No le debes nada y no tienes que comertelo. ¿No es así?

La culebra tuvo que acepfar que era justo El hombre y el coyote se fueron y allí quedó la culebra con el tronco encima otra vez

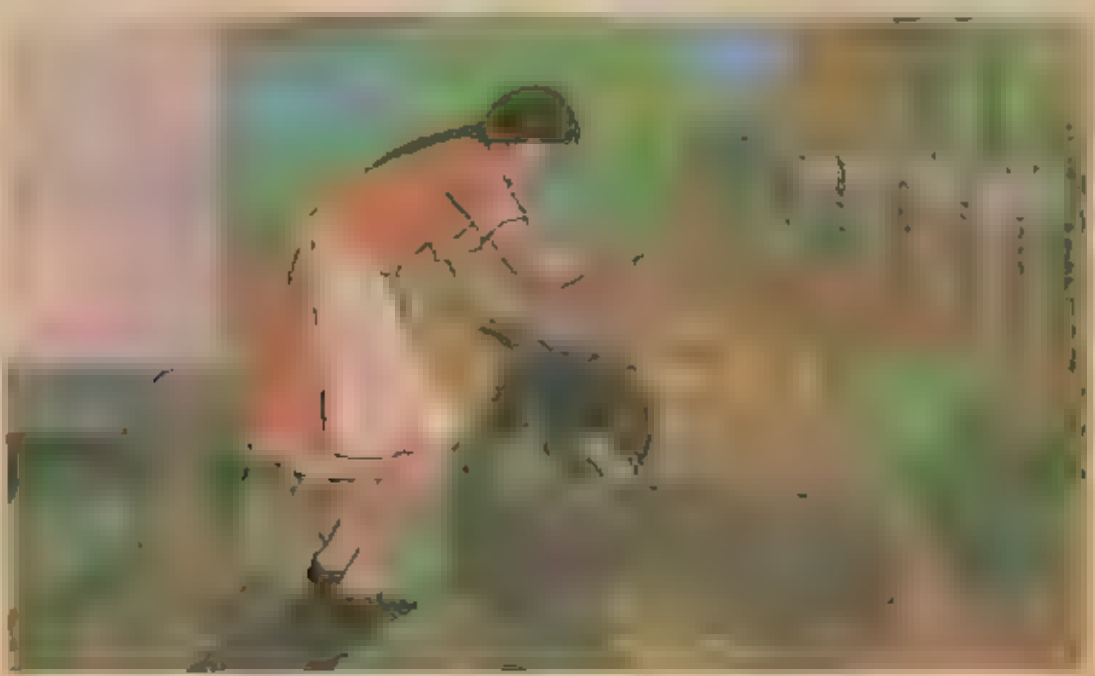
—¡Me has salvado la vida! —dijo el hombre al coyote —. ¡Gracias!

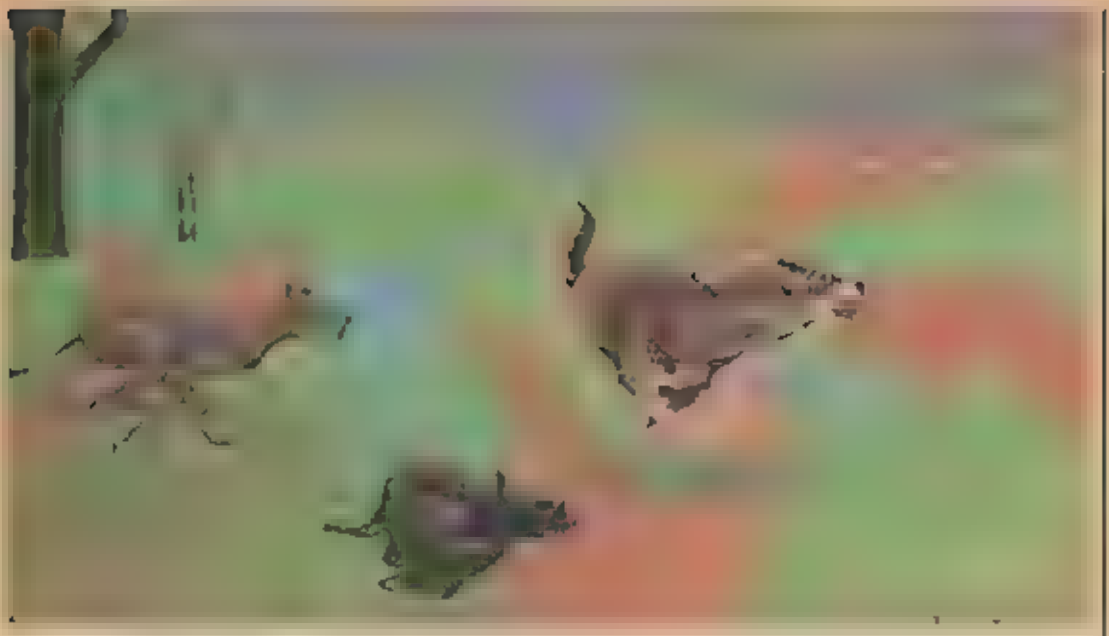
—En este mundo todos nos ayudamos —dijo el coyote— ¡Mírame! Estoy enfermo y hace mucho que no cazo bien. Pero si yo me como dos de tus mejores borregos, creo que regresaran mis fuerzas.

—Los tendrás esta misma tarde —le dijo el hombre, y regresó a su casa.

Al llegar le contó a su mujer lo que le pasó con la culebra y cómo le habia salvado el coyote.

—¡Quiero que me pongas dos borregos de los mas gordos en un costal —dijo—; en la tarde se los llevo al coyote!





'¿Borregos . . ?", se decía la esposa cuando salió fuera de la casa. '¿Y a un coyote? ¡El viejo se ha vuelto loco! Yo se cómo tratar a un coyote".

Así que en lugar de dos borregos, la mujer metió dos de los perros más bravos del ranchito en el costal, y se los dio a su esposo. Sin sospechar, el hombre llevó el costal donde estaba el coyote y lo puso frente a él.

—¡Gracias!

—No me lo agradezcas —dijo el hombre—. Es lo que te debo. Tú me salvaste la vida.

Abrió el costal y los perros brincaron al coyote. El pobre huyó con los perros detrás y el hombre le oyo gritar:

—La culebra tenía razón. El bien que se hace, con el mal se paga.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado

Si así es —dijo el niño a don Paciano—, y el bien que se hace deveras se paga con mal, entonces yo nunca haré ningún bien.

—No, niño —le dijo don Paciano—. Haz el bien como es debido, pero no esperes que te paguen. Te confundirán con algun coyote

Cuento tradicional mexicano
(versión de Angel no Saldaño de Gibbons)

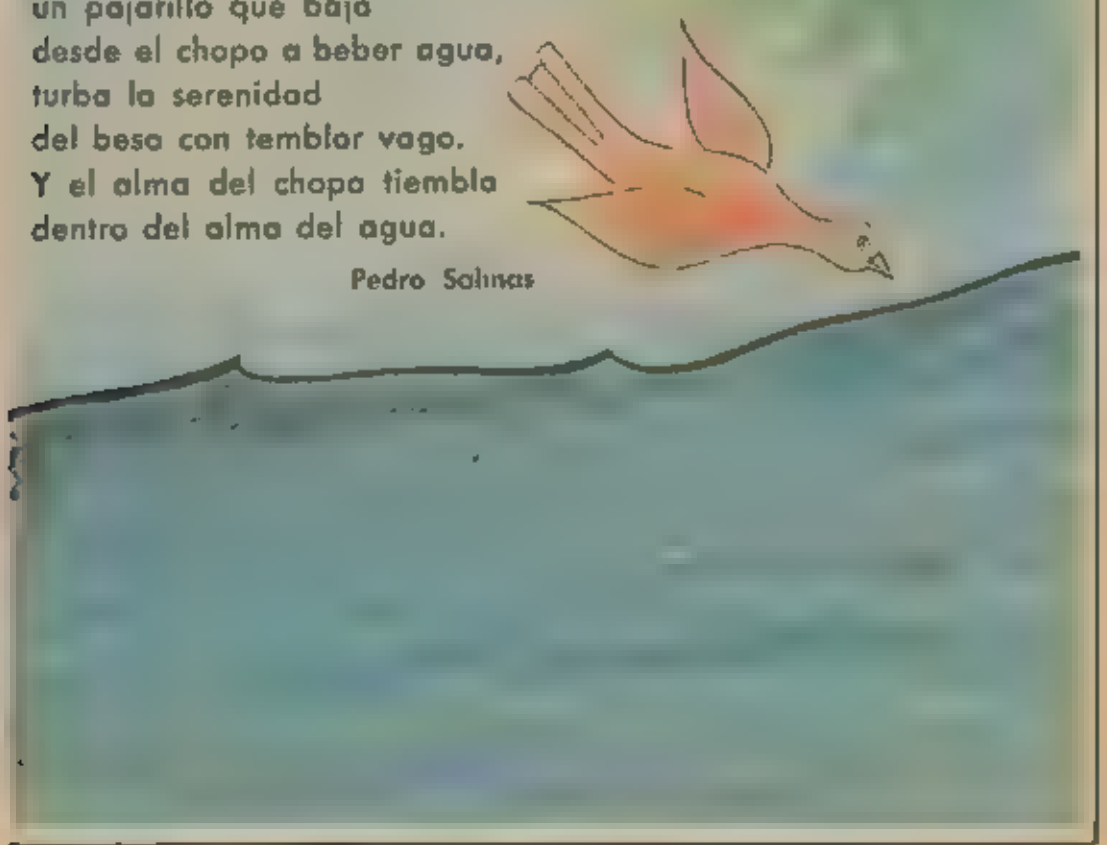
El agua que está en la alberca

El agua que está en la alberca
y el verde chopo son novios
y se miran todo el día
el uno al otro.

En las tardes otoñales,
cuando hace viento, se enfadan:
el agua mueve sus ondas,
el chopo sus ramas;
las inquietudes del árbol
en la alberca se confunden
con inquietudes del agua.

Ahora que es primavera,
vuelve el cariño; se pasan
toda la tarde besándose
silenciosamente. Pero
un pajarillo que baja
desde el chopo a beber agua,
turba la serenidad
del beso con temblor vago.
Y el alma del chopo tiembla
dentro del alma del agua.

Pedro Salinas



El sapo

Nacido de una piedra, vive bajo una piedra y cavará su tumba allí mismo.

Lo visito a menudo y cada vez que levanto su piedra tengo miedo de encontrarlo y miedo de que ya no esté más. Pero está.

Escondido en ese albergue seco, propicio, estrecho, perfecto para él, lo ocupa en plenitud, inflado como una bolsa de avaro.

Si la lluvia lo obliga a salir, viene a mí. Da algunos saltos pesados, se sienta en sus ancas y me mira con ojos enrojecidos.

Aunque el mundo injusto lo trate como a un leproso, no temo acuclillarme y aproximar al suyo mi rostro humano.

Si pudiera dominar un resabio de asco mis manos lo acariciarían. En vez de hacerlo, ayer cometí una falta de tacto:

—Mi pobre amigo —le dije—, no quisiera ofenderte, pero ¡por Dios, qué feo eres!

Abrió su boca pueril y desdentada, de aliento cálido, y me contestó con leve acento extranjero:

—¿Y tú?

Jules Renard (traducción de José Emilio Pacheco)

He llegado

Yo soy Nezahualcóyotl,
el señor Yoyontzin.

Ya busco presuroso
mi canto verdadero;
así también te busco
a ti, amigo nuestro,
en esta reunión,
ejemplo de amistad.

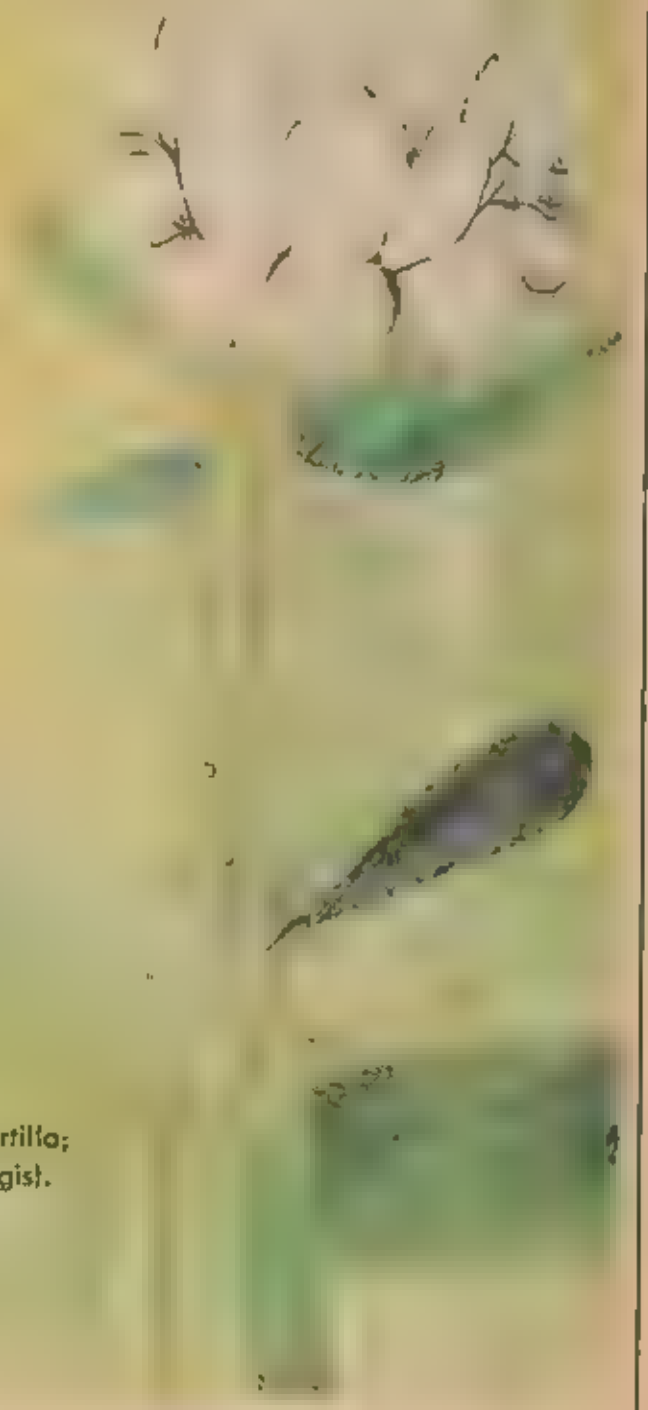
...

Yo, el señor Yoyontzin,
anhelo las flores:
una a una las recojo
aquí donde vivimos.

Con ansia yo quiero,
yo anhelo la unión,
la nobleza y la amistad.
Con cantos floridos
yo vivo.

Como si fuera de oro,
como un collar fino,
como ancho plumaje
de quetzal,
así aprecio
tu canto verdadero
con él yo me alegro.

Nezahualcóyotl
(traducción de Miguel León-Portilla;
adaptación de Carlos H. Magisl.



Solución a las adivinanzas

¿Qué será, qué será?
Las adivinanzas juegan

En medio del mar estoy	(la a)
En medio del cielo estoy	(la e)
El pirul me tiene a mí	(la i)
En medio del sol estoy	(la o)
El burro la lleva a cuestas	(la u)
Mas de veinte señoras	(las letras)

Himno Nacional Mexicano

(Fragmento)

Mexicanos, al grito de guerra
el acero aprestad y el bridón,
y retiemble en sus centros la tierra
al sonoro rugir del cañón

Cañón, ¡oh Patria!, tus sienes de oliva
de la paz el arcángel divino,
que en el cielo tu eterno destino
por el dedo de Dios se escribió.

Mas si osare un extraño enemigo
profanar con su planta tu suelo,
piensa, oh Patria querida, que el cielo
un soldado en cada hijo te dio

¡Patria, Patria! tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín con su bélico acento
los convoca a lidiar con valor

¡Para ti las guirnaldas de olivo!
¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

Esta segunda edición (1 300 000 ejemplares) de **Español Lecturas - Quinto Grado**, revisada y corregida, terminó de imprimirse el día 21 de junio de 1974 en los talleres de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, situados en la calle del Doctor Río de la Loza, número 116, México, D. F.

ESTE LIBRO ES PROPIEDAD DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Para que lo use y lo conserve se entrega en forma absolutamente gratuita, pero con la condición de que lo cuide, a

.....

(nombre del educando)

alumno* alumna* del .....

(grado)

de la .....

(escuela)

..... **

de ....

(población) *(entidad federativa)*

Ninguna persona, física o moral, podrá convertir este libro en objeto de comercio, franco o clandestino; ni lucrar con él de ningún modo; ni pedir a cambio de él —por ningún concepto— cantidad o cosa alguna; ni llevarlo o mandarlo fuera del país, o intentar lo uno o lo otro.

La persona o personas, físicas o morales, que contravengan cualquiera de las prohibiciones o limitaciones mencionadas, quedarán sujetas a las sanciones penales que procedan.

Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos

* Tachar *alumno* o *alumna*, según el caso.
** Indicar, además del nombre que lleve el plantel, su número de registro (clave).

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

MÉXICO, D. F.